

EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 139 Editorial

MAYO-JUNIO DE 2009



Luis Marín Bosqued. Retrato de Alfonso Reyes

Correspondencia

Alfonso Reyes/Raimundo Lida

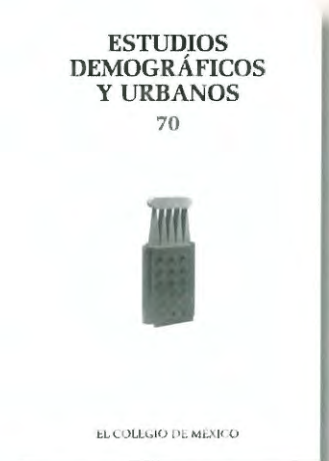
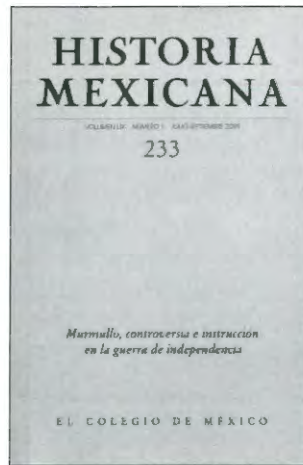
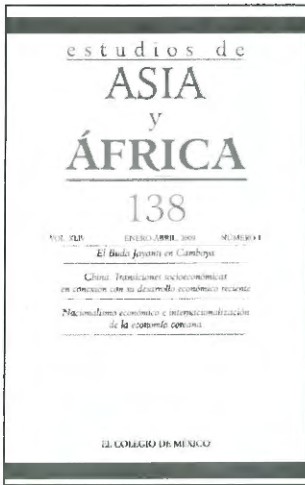
Borges y el monólogo dramático

Gabriel Linares

Apropiación del pasado

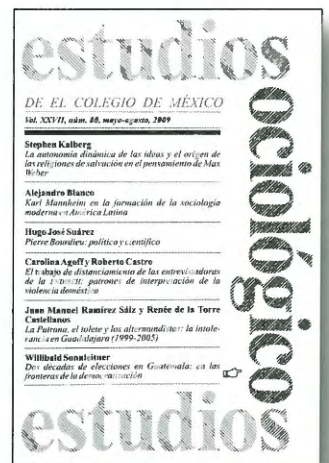
Guillermo Zermeño

PUBLICACIONES PERIÓDICAS



El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.

Para mayores informes:
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
publicolmex@colmex.mx



ÍNDICE

Correspondencia

■ *Alfonso Reyes y Raimundo Lida* ■ 3

Del otro lado del espejo.
Borges y el monólogo dramático

■ *Gabriel Linares* ■ 9

Apropiación del pasado, escritura de la historia
y construcción de la nación en México

■ *Guillermo Zermeño Padilla* ■ 16

Miradas al lenguaje.
Sobre la traducción de poesía

■ *Karla Olvera* ■ 29



Viñetas de Carmen Rivadeneyra

EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740, México, D. F., teléfono 5449 3000, ext. 3077

Presidente JAVIER GARCADIIEGO DANTAN ■ *Secretario general* MANUEL ORDORICA ■ *Coordinador general académico* JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME ■ *Secretario académico* ALBERTO PALMA ■ *Secretario administrativo* ÁLVARO BAILLET ■ *Director de publicaciones* FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■ *Coordinador de producción* JOSÉ MARÍA ESPINASA ■ *Coordinadora de promoción y ventas* MARÍA CRUZ MORA ARJONA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 139, MAYO-JUNIO DE 2009

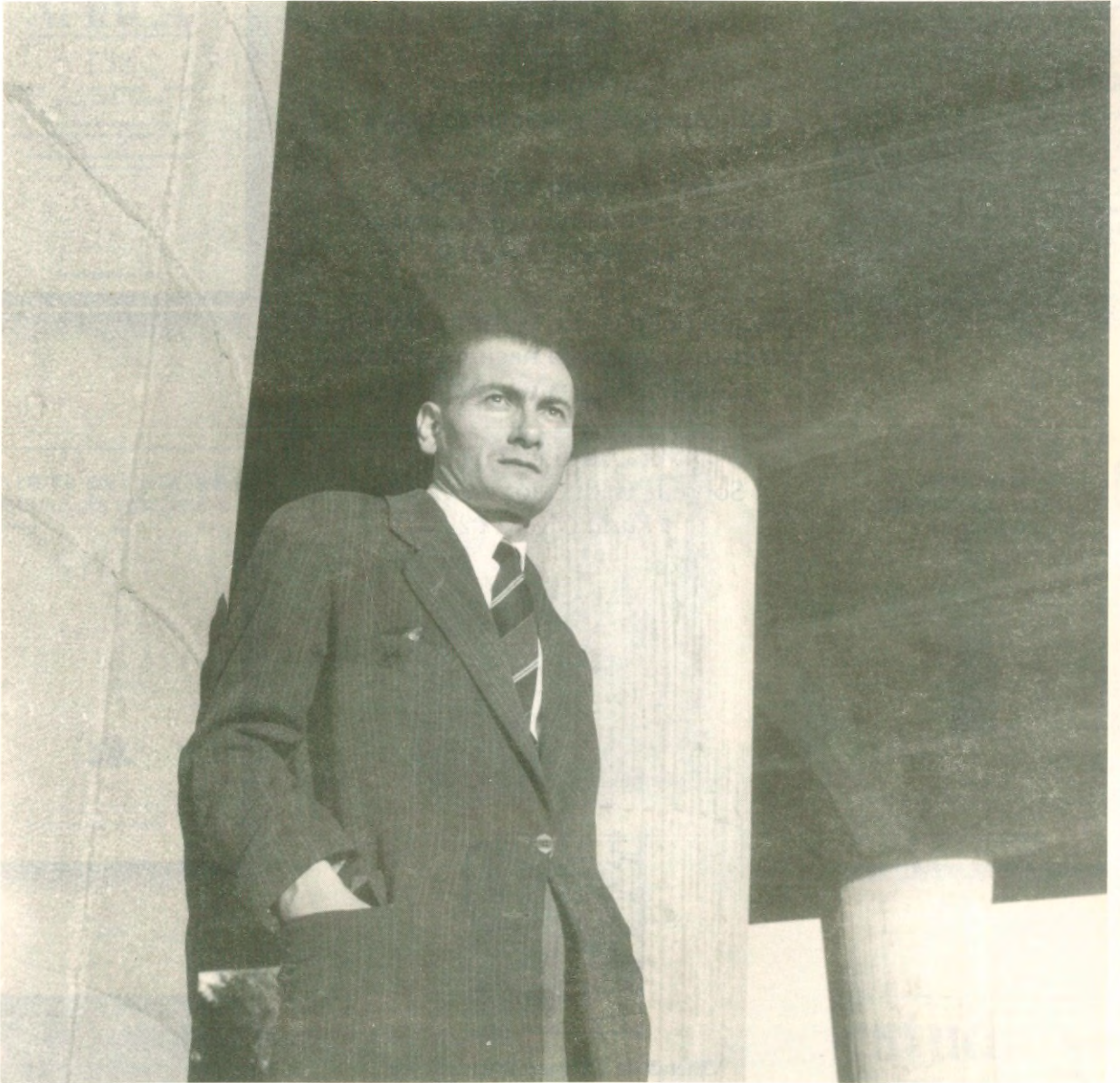
Impresión Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

Formación y corrección Logos Editores

Diseño de portada EZEQUIEL DE LA ROSA

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud, núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04-1999-112513491900-102.



Raimundo Lida

Correspondencia*

México, D. F., 19 de septiembre de 1955

Sr. Prof. Raimundo Lida,
Widener 46,
Harvard University,
Cambridge 38, Mass.
U. S. A.

Mi querido Raimundo:

He estado malo, cosas ya de la vejez. Siguen las curaciones: veremos si escapo de la operación. De aquí mi tardanza en contestar su preciosa carta del 28 de agosto último. Me encanta ese distingo a propósito de *Los tres tesoros*: a Denah, la historia; a usted, las acotaciones. François de Miomandre me puso una carta admirativa y conmovedora al respecto,¹ pero mi

* Estas cartas forman parte del libro *Alfonso Reyes, Raimundo Lida y María Rosa Lida. Correspondencia*. De próxima aparición.

¹ El crítico francés François de Miomandre me mandó la siguiente carta que se conserva en la Capilla Alfonsina:

Gimel (Corrèze)
(adresse de vacances)
XVIII. VIII. MCMXLV

Très cher Alfonso:

Oui, vous allez sans doute me taxer d'hérésie littéraire, car il se peut que vous préféreriez une autre oeuvre, mais —ma conscience est en jeu— il faut que je vous dise que je tiens *Los tres tesoros* pour ce que vous avez écrit de plus beau et de plus profond.

agradecimiento no me perturba: creo que ya está un poco decadente y extrema el elogio y la dulzura. Ojalá le siga contentando la *NRFH*. Inútil decirle que yo allí desempeñé el papel de la mosca que, posada en el lomo del buey, decía: "Andamos arando". Todo lo

Il y a là-dessous un mystère, et comme qui dirait une récompense offerte par le Dieu de la Littérature à un de ses plus nobles serviteurs.

Cette histoire qui commence, presque à ras de terre, comme le scénario d'un film quelconque, s'élève peu à peu et atteint (sans presque qu'on s'en soit aperçu) à la souveraine hauteur de la tragédie antique avec ce je ne sais quoi d'humain, de cordial, d'"entrañable", que la civilisation chrétienne a laissé dans notre modernisme. Cette trouvaille sublime de l'offre de Rosario, transformant sa jalousie possible de femme en amour pour celle qui aime aussi Joaquín (!Tus tres tesoros, Joaquín!) vous ne pouvez l'avoir prise que dans votre coeur, dans l'imagination de votre coeur, pour dénouer d'inextricable fatalité où se trouvaient impliqués ces quatre êtres.

(Et je ne parle pas de l'aisance... aérienne avec laquelle vous circulez au milieu de toutes ces évocations, depuis la farce psychanalytique du D. Palacios jusqu'à la création de ce personnage mystérieux de Marta (la éternelle nourrice de Fedra) sorte de chœur antique contracté en une personne, est l'incarnation de la conscience.

J'imagine Euripide et Eschyle penchés sur ce livre, et vous frappant sur l'épaule en disant: "Bravo, mon petit Alfonso. Nous n'avons pas défriché le sentier du tragique pour rien..."

Je ne connais personne aujourd'hui capable d'écrire, ni même d'avoir pensé une chose pareille.

Vous êtes un homme extraordinaire.

Permettez-moi de vous embrasser avec respect, avec ferveur.
Votre

François de Miomandre

P. S. Merci pour les deux numéros d'*Universidad de México*. Votre carrière est vraiment magnifique. Le Mexique, pourtant si fertile en talent, peut être fier de vous...

hacen los Alatorre. Ella está para darnos otra sorpresa maternal, y yo pude a mi vez darles la sorpresa de un aumento oportuno, ni siquiera solicitado por ellos. Pero lo merecen. Me complace mucho que usted y Anderson Imbert encuentren alguna miga en la *Historia documental de mis libros*. Esperamos *La Celestina* de María Rosa. Cordiales abrazos.

Alfonso Reyes

* * *

México, D. F., 15 de noviembre de 1955

Sr. Prof. D. Raimundo Lida,
Widener Library 46,
Harvard University,
Cambridge 38, Mass.
U. S. A.

Mi querido Raimundo:

Anuncia Scribner las Cartas de George Santayana editadas por su discípulo Daniel Cory.² Parten de 1885, o sea su graduación en Harvard. Usted que es especialista, ¿cree que vale la pena de que adquiramos este libro? Lo pregunto porque vale 7.50 dólares y porque de algún pretexto me he de agarrar para provocar sus letras y enviarle un afectuoso saludo. Suyo cordialmente.

Alfonso Reyes

* * *

Widener 46, Harvard,
Cambridge 38, Mass.
20. XI. 1955

Querido don Alfonso:

Pues no, no creo que valga la pena, para El Colegio, gastar 7.50 dólares por un libro que comprarán probablemente en la Biblioteca Franklin. Sería muy bueno emplear el dinero disponible en tanto buen libro como anuncian los catálogos de anticuarios españoles, que otras bibliotecas públicas no toman en cuenta, sin duda.

¡Ya quisiera verles, don Alfonso! Hace un par de días, Dina [Denah] y yo hemos estado comiendo con Armi-

² *The Letters of George Santayana* (1955).

llas, Malagón y un grupo de antropólogos que habían acudido a su congreso anual, aquí en Boston. Algunos de ellos, mexicanos, estaban sorprendidos del interés (y la buena información) con que se seguían aquí los progresos de la arqueología mexicana.

Los Alatorres, conmovidísimos con la generosidad de usted. Uranga en Alemania, según he visto por la reseña —flojita— de su *Goethe*.³ ¿Se salvará ese muchacho, o seguirá muchacho? Aquí ha empezado a nevar, con esa gracia y belleza con que nieva el primer día, para dorarnos la píldora de lo que vendrá.

Lo que vendrá para mí, personalmente, tiene también ¡vaya! su gracia y belleza, y se llama Dina. Será para poco antes de Navidad. Pero ya estamos haciendo planes para nuestros días de México en el verano próximo.⁴

Mis recuerdos muy cordiales a su esposa. Y a Gaos, a Octavio Paz, a todos. ¿Y Silvio [Zavala]? ¿No resuelve sus cosas, como parecía decidido a hacerlo en ese semestre que pasó encerrado en Widener Library?

Un buen abrazo de

Raimundo

* * *

México, D. F., 24 de noviembre de 1955

Raimundo querido:

A Dina y a Ud. nuestros votos más cariñosos y efusivos. Todos estamos contentos.

Gaos⁵ no muy contento de la Universidad. Lo han hecho catedrático A, tiempo completo. Pero hay otros motivos que lo inclinan a volver a su Colegio de México, con ayuda suplementaria del Fondo. Lo decidirá el año entrante.

Octavio Paz hace, con Fuentes y Carballo, la *Revista Mexicana de Literatura*,⁶ que comenzó algo torpona y

³ El filósofo mexicano Emilio Uranga (1921-1988), quien había sido investigador en El Colegio de México, dio a conocer un estudio titulado *Goethe y los filósofos*.

⁴ No se realizó este viaje.

⁵ José Gaos (1900-1969), filósofo mexicano nacido en España y exiliado en México a raíz de la Guerra Civil, fue profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México. Además de estudios filosóficos, publicó varias traducciones de filósofos alemanes. Su correspondencia con Alfonso Reyes ha sido compilada por Alberto Enríquez Perea en *Itinerarios filosóficos*, El Colegio de México, México, 1999.

⁶ Según Anthony Stanton, el papel de Octavio Paz fue "invisible pero determinante en la creación de la *Revista Mexicana de Literatura* [...] cuyo número inicial, en septiembre-octubre de

creo que se irá componiendo. Pero él, Octavio, no vive feliz en México. Y ellos, Fuentes y Carballo, andan arrebatados por las tareas de “censura de Cine” que se pagan a precio de oro y les toman todo el día. Fuentes se ha alejado momentáneamente, para acabar su carrera de abogado.⁷

Silvio vive ¡en Bayona!, en posesiones de su mujer. Va a París una vez por semana a documentarse. Trabaja en silencio. No quiere volver a México. Las autoridades de Educación están algo extrañadas, y no parece fácil le sigan manteniendo la licencia con sueldo o sin sueldo. El Colegio será firme en sostenerlo, pero ¡es tan poco lo que podemos! O Silvio oculta planes mejores, o anda algo desorientado, no en su trabajo sino en su vida.

¡Qué bueno! Me libró Ud. de una tentación en eso de las *Cartas* de Santayana: sí, aplicará a los catálogos de anticuarios españoles, ésa es la ley.

Uranga se puso “algo” poliomeélico en Alemania. No estuvo a gusto. No halló lo que esperaba. Ya está en la *Maison du Mexique*, Cité Universitaire, 9, Boul. Jourdan, París. Esperemos que se desenvuelva.

¿Qué más? ¡Hay tanto que decir, que prefiero suspender! Hoy enterramos al pobre Manuel Toussaint,⁸ fallecido en Nueva York a su regreso de Europa.

Abrazos.

Alfonso Reyes

* * *

Widener 46, Harvard Univ.
Cambridge 38, Mass.
6 de diciembre de 1955

Querido don Alfonso:

Mil gracias por su carta. Y otras mil de mi graciosa Dina.

Rosenblat acaba de enviarme —y me dice que se lo ha enviado también a usted— ese artículo que me pidió

1955, se estrenó con ‘El cántaro roto’ de Octavio Paz” (*Correspondencia Alfonso Reyes / Octavio Paz (1939-1959)*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998, pp. 331-332).

⁷ El escritor capitalino Carlos Fuentes (1928) todavía no se había dado a conocer como novelista. En 1954 publicó su primera colección de cuentos *Los días enmascarados*.

⁸ Manuel Toussaint (1890-1955), prolífico poeta, narrador y ensayista mexicano, se destacó sobre todo como crítico de arte, en particular del arte colonial de México. Fue muy amigo de Reyes como lo demuestra la edición de *De casa a casa. Correspondencia entre Manuel Toussaint y Alfonso Reyes*, El Colegio Nacional, México, 1990.

para *El Nacional* de Caracas: “Alfonso Reyes y sus literaturas”. No soy aficionado a rabiarse por unas erratas más o menos, pero, ¡qué infame ese corrector, o cajista, o lo que sea, que ha puesto ese insulso “y su literatura”!

Orfila me escribe muy contento, desde el Fondo argentino. He temblado al saber de ese segundo cambio de gobierno.⁹ Nuestros amigos son en general optimistas. Esperamos que haya dos sin tres.

No sabía que Octavio Paz tuviera que ver con la *Revista Mexicana de Literatura*. Me gustaría que la revista tuviera perfil más claro. De todos modos, precioso ese encabezamiento del número 2, ese sí claramente alfonsino.¹⁰

No entiendo bien esa indecisión —si lo es— de Silvio. Ojalá se salve. De Uranga no espero mucho. ¡Pobre Toussaint! A la distancia, ya me parecía inmortal.

Un abrazo de su

Raimundo

* * *

México, D. F., 12 de diciembre de 1955

Sr. Dr. D. Raimundo Lida,
Widener 46
Harvard University,
Cambridge 38, Mass.
U. S. A.

Mi querido Raimundo:

Entre todos sus amigos del Colegio, que tanto lo echamos de menos, enviamos un presente simbólico para Denah y para usted: unos petatitos mexicanos que les ahorren manteles y mantelitos.

Ya corregí lo de “su literatura” y puse “sus literaturas”. ¡Esos tipógrafos! Felicidades a ambos. Saludos muy cariñosos de Manuela y de

Alfonso Reyes

⁹ Con el golpe de estado que puso fin a la segunda presidencia de Juan Domingo Perón (1952-1955) tomó el poder el general Eduardo Lonardi el 20 de septiembre de 1955. Tuvo que renunciar el 13 de noviembre y lo reemplazó el general Pedro Eugenio Aramburu.

¹⁰ En efecto, Alfonso Reyes colaboró con “La danza griega” en la entrega correspondiente a noviembre-diciembre de 1955, pp. 99-111. En este mismo número aparecen dos ensayos sobre Reyes: Rafael Gutiérrez Girardot, “América en Alfonso Reyes” (pp. 112-121) y Elena Craveri Croce, “Sobre el Goethe de Alfonso Reyes” (pp. 122-124).

Cambridge, 17 de enero de 1956

Widener 46
Harvard Univ.
Cambridge 38, Mass.

Querido don Alfonso:

Maravillosos esos petatitos. No podía usted haber escogido mejor regalo.

¡Gracias muy cordiales a todos los buenos amigos! A usted y doña Manuela, mil afectos y saudades (hasta agosto) de

Denah y Raimundo

* * *

Cambridge, 12. III. 1956

Querido don Alfonso:

¡Obras completas, por fin!¹¹ Espléndido ese tomo inicial. Todo aparece enriquecido por la *reunión* misma y por esas sobrias indicaciones añadidas. Muy bien asimismo ese primer tomo regiomontano de homenaje.¹² Y han salido en el *Yearbook of Comp. Lit* las paginitas de marras, con ese magnífico retrato suyo.

Un abrazo de Denah y otro de

Raimundo

* * *

Cambridge 17. III. 57

Querido don Alfonso:

Ya hemos empezado a admirar lentamente ese *Libro jubilar*,¹³ anunciado por su deliciosa carta del 7.¹⁴ Me

¹¹ El Fondo de Cultura Económica lanzó en 1955 en la serie Letras mexicanas el primer tomo de las *Obras completas de Alfonso Reyes*. En este volumen se recogen *Cuestiones estéticas y Capítulos de literatura mexicana* y se agrega una sección "Varia".

¹² Se refiere a *Páginas sobre Alfonso Reyes*.

¹³ *Libro jubilar de Alfonso Reyes*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1955. Edición a cargo de Augusto Monterroso y Ernesto Mejía Sánchez.

¹⁴ No se ha conservado esa carta en la Capilla Alfonsina.

siento honrado y feliz en medio de tales compañeros,¹⁵ reunidos por una veneración y un cariño tan *vivificantes*.

Denah y yo hemos estado calderonizando estos últimos días. Permita usted que le digamos:

Viva, gran señor, mil años

Y que agreguemos un abrazo y otro

Raimundo

* * *

Cambridge, Mass. 1957

Por mayo es, por mayo, cuando se le recuerda aquí especialmente y se cantan mañanitas en su honor.¹⁶

Abrazos de

Denah y Raimundo

* * *

México, D. F., 18 de mayo de 1957

Dr. Raimundo Lida,
17, Everett St.,
Cambridge 38, Mass.
U. S. A.

Mi querido Raimundo:

A Denah y a usted mi muy sincero agradecimiento. Su preciosa tarjeta de mayo llegó exactamente ayer por la mañana, a darme las mañanitas como ustedes deseaban.

Me atrevo a pedirle consejo: ¿qué labor sencilla, posible, rápida, podría yo inventar para la Academia Mexicana de la Lengua que ahora me toca dirigir?¹⁷ Recordemos que los académicos no son filólogos y a veces apenas son escritores. Casi se trata de una manifestación de buena voluntad nada más. ¿Se le ocurre algo? Ya sé que le propongo un verdadero enigma. Gracias.

Otro punto. Si fuera posible para el año entrante traer a México un nuevo filólogo español de buenas técnicas

¹⁵ Raimundo Lida participó con "*Cómo ha de ser el privado: de la comedia de Quevedo a su Política de Dios*", pp. 203-212. Es de notar que Lida dedicó numerosos trabajos al estudio de la prosa de Quevedo.

¹⁶ Se refiere al cumpleaños de Alfonso Reyes.

¹⁷ Desde 1957 hasta 1959 Reyes fue director de la Academia Mexicana de la Lengua.

y de *buen carácter*, que quisiera estar entre nosotros un par de años para ayudarnos a formar nuevos investigadores ¿en quién pensaría usted? Vengan sugerencias.

Abrazos muy afectuosos.

Alfonso Reyes

* * *

Widener 46
Harvard
Cambridge 38 Mass. 6. VI. 57

Querido don Alfonso:

¿No podría usted, con algún señuelo patriótico o regionalista, poner la buena voluntad de sus académicos al servicio de un fichero de mexicanismos? Estas tareas informes y de ratos perdidos no hacen daño ni al más perezoso, y la cosecha (digamos, un duplicado de cada papeleta) puede pasar luego a los filtros de Antonio [Alatorre] y Margit [Frenk] y quedarse en El Colegio hasta que le llegue la hora.

De los filólogos españoles que pudieran enseñar allí con fruto seguro, el mejor me parece Ángel Rosenblat. Y es que pienso en un hombre de orientación empirista, capaz de formar no tanto teóricos como exploradores entusiastas, que es lo que esa maravillosa selva lingüística de México necesita con más urgencia.

Yo mismo quisiera, por el contrario, traerme aquí (Harvard) a Alarcos Llorach,¹⁸ porque, después de charlar un rato con Jorge Guillén, Teresa¹⁹ y algún otro par de hispanohablantes, ¿qué iba a hacer en Cambridge, entre hielos y vitrinas, un lingüista explorador? En cambio, a mí me interesa iniciarme, y con un especialista, en los misterios del estructuralismo más o menos danés. Y se me ocurre que un danés de Oviedo (que es donde, si no me equivoco, enseña Alarcos en estos momentos) será menos “rebarbativo” que uno de Copenhague.

¿Qué sugieren Margit y Antonio? ¿Qué Lope Blanch?
¡Recuerdos!

Y muchos afectos de

Denah y Raimundo

¹⁸ Emilio Alarcos Llorach (1922-1998), lingüista español y catedrático de la Universidad de Oviedo. Introdujo en España el estructuralismo así como la glosemática de Copenhague.

¹⁹ Teresa Guillén, hija de Jorge Guillén.

México, D. F., 11 de junio de 1957

Sr. don Raimundo Lida,
Widener 46,
Harvard University,
Cambridge 38, Mass.
U. S. A.

Mi querido Raimundo:

Gracias por su carta del 6. No, los académicos no han cumplido desde hace mucho el encargo que ya se les hizo de ocuparse de mexicanismos; además hay muchos sin ninguna preparación que harían disparates y hasta falsedades. A Antonio Alatorre se le ocurre hacer algunas edicioncitas fáciles de libros curiosos que cuidamos en el Colegio obsequiándole el honor de la edición a la Academia, si es que ésta llega a tener fondos que ahora estoy procurando para pagarse este pequeño lujo.

Las consideraciones de usted sobre los empíricos y los teóricos de la filología son perfectas. Sin duda lo primero es lo que nos conviene en México. Dudamos de poder atraer a Rosenblat, que nos parece “muy aplanado” en Caracas. Estamos muy a tiempo para intentar ésa y otras cosas que a usted se le ocurran, pues todo el plan depende de fondos que apenas vamos a solicitar y ni siquiera sabemos si los obtendremos, aunque preparamos el plan ya de acuerdo con el oficial que Rockefeller ha destacado a México, Sr. Harrison. Seguiremos, pues, charlando. Entretanto a Denah y a usted, nuestros más afectuosos y cordiales recuerdos. Su

Alfonso Reyes

* * *

Cambridge, 22. IX. 1957

Querido don Alfonso:

Ya habrá vuelto usted a su Industria, ya estará usted bien.

Preciosa esa edición del cuento lopesco.²⁰ Y *fruto cierto* la serie que ha de seguir. ¡Qué gusto verle a usted capitaneando empresas de esa calidad!

¡Recuerdos! Y cariños de

Denah y Raimundo

²⁰ *Las aventuras de Pánfilo*, núm. 1, La Flecha, México, 1957.

Querido don Alfonso:

Felicitaciones y mil gracias por su espléndida cosecha de 1957.²¹ Y que siga en 1958 —andante sostenuto, mosso, allegro, con fuoco—.

Salud, paz y robustas pesetas.

¡Cariños en torno!

Denah y Raimundo

* * *

Widener 46, 18. IV. 58

Querido don Alfonso:

Tomo séptimo de su magnífica escala ascendente, del *do* de pecho al *si!* natural. No sólo los agregados; *todo* resulta nuevo en este conjunto. “Entre libros” y “Páginas adicionales”²² son para mí una deliciosa oportunidad de ejercitarme en las suertes virgilianas: nunca me defraudan.

Nos llevamos el libro a Puerto Rico, adonde me ha invitado Margot Arce Blanco²³ para el Día de Cervantes.

¡Recuerdos! Cariños de

Dina y Raimundo

* * *

Cambridge, hacia el 17. V. 1958.

¡Felicidades! (¡Y qué estupenda noticia ésa de que está reverdeciendo en El Colegio la filología! Rosenblat hará allí muy buena obra.)

Abrazos de Dina y Raimundo

* * *

²¹ De 1957 son *Las burlas veras* (primer ciento), *Estudios helénicos*, *Crónica de Francia*, *Resumen de la literatura mexicana* (siglos XVI-XIX) y los tomos V y VI de las *Obras completas*.

²² El tomo VII de las *Obras completas* recoge *Cuestiones gongorinas*, *Tres discursos a Góngora*, “Varia”, “Entre libros” y “Páginas adicionales”.

²³ Margot Arce Blanco, profesora e investigadora puertorriqueña conocida por sus estudios sobre Garcilaso de la Vega.

Querido don Alfonso:

Me ha dado vergüenza que viese usted esa página de *Reforma Universitaria*:²⁴ una piececita más del mosaico —o rompecabezas— que vengo preparando desde algún tiempo sobre “La prosa de A. R.”

Preciosa, en cambio, ésa su parábola de la Crítica.²⁵ ¿Por qué la califica usted con tanta dureza? Un mito tan exacto y bello no vale menos que un tratado.

Muy airoso está saliendo aquí Carlos Chávez²⁶ de sus Norton Lectures en esta universidad. Y eso que sus temas son arriesgados, y su público diverso y exigente. Le ayuda su inglés. Y su gracia personal de director de orquesta enormemente simpático.

Dina y yo, conmovidos por su saludo previsor. Si no llevamos mal las cuentas hoy empieza México su nuevo ciclo.²⁷ Que sea para bien de usted, de doña Manuela, de todos. Por lo pronto, les deseamos un año muy dichoso y fecundo.

Muy suyo

Raimundo Lida

¡Pobre Argentina! ¿Qué misteriosas culpas estará pagando?

* * *

Widener 46
Harvard Univ.
Cambridge 38, Mass.
U. S. A.

Muchos “felices retornos”²⁸ le desean Denah y Raimundo.

17. V. 59

²⁴ “La hiedra y la piedra”, *Reforma Universitaria*, 100, 15 de octubre de 1958.

²⁵ En el número 100 (julio-octubre de 1958) de *Cuadernos Americanos*, Reyes publicó el ensayo “Génesis de la crítica”, pp. 225-241.

²⁶ Carlos Chávez (1899-1978), destacado compositor y director de orquesta mexicano. En 1947 fundó la Orquesta Sinfónica Nacional.

²⁷ El 1º de diciembre de 1958 empezó la gestión de Adolfo López Mateos como presidente de México.

²⁸ Cumpleaños de Alfonso Reyes. Traducción literal de la expresión inglesa *happy returns*.

*Del otro lado del espejo**

Borges y el monólogo dramático

Les tocó en suerte una época extraña.

El planeta había sido parcelado en distintos países, cada uno provisto de lealtades, de queridas memorias, de un pasado sin duda heroico, de derechos, de agravios, de una mitología peculiar, de próceres de bronce, de aniversarios, de demagogos y de símbolos. Esa división, cara a los cartógrafos, auspiciaba las guerras.

López había nacido en la ciudad junto al río inmóvil; Ward, en las afueras de la ciudad por la que caminó Father Brown. Había estudiado castellano para leer el Quijote.

El otro profesaba el amor de Conrad, que le había sido revelado en un aula de la calle Viamonte.

Hubieran sido amigos, pero se vieron una sola vez cara a cara, en unas islas demasiado famosas, y cada uno de los dos fue Caín, y cada uno, Abel.

Los enterraron juntos. La nieve y la corrupción los conocen.

El hecho que refiero pasó en un tiempo que no podemos entender.

J. L. Borges, "Juan López y John Ward"

We must be still and still moving

Into another intensity

For a further union, a deeper communion

Through the dark cold and the empty desolation,

The wave cry, the wind cry, the vast waters

Of the petrel and the porpoise. In my end is my beginning.

T. S. Eliot, *Four Quartets*, "East Coker", 5, vv 33-38

En el libro *Un juego con espejos...* llevé a cabo una exploración de las posibilidades de hablar del "monólogo dramático" en una tradición en la que básicamente no se le había practicado hasta hace unos años. Ello ha permitido formular ciertas opiniones en torno a cómo podemos aproximarnos, desde la tradición literaria y académica hispánica, a los múltiples elementos provenientes de la literatura inglesa que aparecen en la obra de Borges. También ha

resultado en la formulación de un modelo que intenta aproximarse al monólogo y a la poesía lírica desde una perspectiva que, nos parece, complementa nuestra manera tradicional de entender el sujeto de la enunciación poética. Por otro lado, llegar a una delimitación de algunos de los elementos textuales que caracterizan al monólogo nos ha permitido reunir bajo este rubro una serie de textos poéticos de Borges y leerlos poniendo especial atención en la representación del individuo y del autor que el lector lleva a cabo mientras los lee.

Hablar de un género desconocido en nuestra comunidad implica llevar a cabo una domesticación de éste. Para entender el género, lo tenemos que hacer tratando de comprender el contexto en el que se ha desarrolla-

* Ensayo tomado de la obra de Gabriel Linares, *Un juego con espejos que se desplazan: Jorge Luis Borges y el monólogo dramático*, de próxima aparición.

do, pero también el que lo adopta. En este sentido, el crítico lleva a cabo una suerte de traducción de un elemento proveniente de otra cultura. Este proceso de traducción puede ser descrito tomando como punto de partida la siguiente reflexión de Borges, inspirada por Thorstein Veblen y que forma parte medular del ensayo “El escritor argentino y la tradición”, del volumen *Discusión*:

Tratándose de los irlandeses, no tenemos por qué suponer que la profusión de nombres irlandeses en la literatura inglesa y la filosofía británicas se deba a una preeminencia racial, porque muchos de esos irlandeses ilustres (Shaw, Berkeley, Swift) fueron descendientes de ingleses, fueron personas que no tenían sangre celta; sin embargo, les bastó el hecho de sentirse irlandeses, distintos, para innovar en la cultura inglesa. Creo que los argentinos, los sudamericanos en general, estamos en una situación análoga, podemos manejar todos los temas europeos, manejarlos sin supersticiones, con una irreverencia que puede tener, y ya tiene, consecuencias afortunadas.¹

Opiniones como ésta han hecho que Beatriz Sarlo defina a Borges como un “escritor en las orillas”. Para ella, “En Borges, el tono nacional no depende de la representación de las cosas sino de la presentación de una pregunta: ¿cómo puede escribirse literatura en una nación culturalmente periférica?”² Sarlo explica la solución de Borges de la siguiente manera:

Al reinventar una tradición nacional Borges también propone una lectura sesgada de las literaturas occidentales. Desde la periferia, imagina una relación no dependiente de la literatura extranjera, y está en condiciones de descubrir el “tono” rioplatense porque no se siente un extraño ante los libros ingleses y franceses. Desde un margen, Borges logra que su literatura dialogue de igual a igual con la literatura inglesa. Hace del margen una estética.³

¹ Jorge Luis Borges, *Obras completas*, Emecé, Buenos Aires, 1974, p. 273.

² B. Sarlo, *Borges, un escritor en las orillas*, Ariel, Buenos Aires, 1998 [1ª ed. en inglés, 1993], p. 12.

³ *Ibid.*, p. 16.



Nuestra posición con respecto a lo ajeno, a lo otro, nos brinda de entrada las oportunidades para llevar a cabo la traducción cultural a la que nos hemos referido. La comunidad a la que pertenecemos, sus costumbres de lectura e interpretación, hacen que nuestra visión de la otra comunidad sea sesgada, diferente y, por ello, nos atreveríamos a decir, crítica. El crítico debe ejercer activamente esta diferencia antes de aceptar lo ajeno como algo naturalmente dado, del mismo modo que el crítico-narrador de “Pierre Menard, autor del Quijote”⁴ lee la obra de Cervantes de otra forma porque la lee como si la hubiera escrito Menard. Como hemos podido ver, la crítica de los monólogos dramáticos de Cernuda los ha evaluado y ha considerado que no cumplen con tal o cual requisito convencional del género en inglés. Es nuestra sospecha que si se les viera en sus propios términos y en los de la comunidad que los recibe, sería posible leerlos más provechosamente. En este punto nos gustaría tomar a Fish. Resulta pertinente leer el siguiente comentario sobre el ejercicio de la labor crítica que

⁴ Jorge Luis Borges, *op. cit.*, pp. 444-450.

se propone un proyecto no necesariamente explorado anteriormente:

The first thing that one must do is not assume that he is preaching to the converted. That means that whatever the point of view you wish to establish, you will have to establish it in the face of anticipated objections. In general, people resist what you have to say when it seems to have undesirable or even disastrous consequences.⁵

Para actualizar la presencia de la literatura inglesa en la obra de Borges desde nuestra comunidad lo necesario, pareciera, es pensar de qué formas las costumbres de la tradición hispánica no posibilitan esa actualización. Como resultado de confrontar las costumbres de ambas comunidades surge no sólo la posibilidad de discutir cierto tipo de textos bajo una nueva perspectiva que se alimenta de ambas, sino también una comprensión de los mecanismos de estas comunidades.

En el caso del monólogo dramático, el obstáculo principal se manifiesta en el modo de definir el género en lengua inglesa (“un poema cuya voz no es la del autor”). Esta definición se encuentra en conflicto con un elemento de preceptiva literaria que nos indica que la voz de un poema no es equiparable con el autor. El conflicto existente entre definición y precepto no impide, como ya se ha dicho, la práctica del género en inglés, pero sí que podamos presentarlo simplemente en estos términos en la academia hispánica, en la que es prácticamente desconocido.

Por ello, se ha tratado de trascender esta diferencia y explicar el monólogo por medio de dos razonamientos complementarios. El primero implica que toda categorización simplifica el fenómeno que describe. La definición del monólogo puede no ser completamente válida, pero tampoco lo es el precepto que nos advierte contra la identificación de voz y poeta. El segundo razonamiento, derivado del primero, sostiene que las comunidades inglesa e hispánica —y, previsiblemente, muchas otras— comparten en buena medida un hábito de lectura importante. A pesar del criterio académico que separa la voz y el texto del poema, la poesía que es considerada lírica se sigue leyendo, en múltiples ocasiones, como una declaración del poeta que la escribe, o como una declaración no relativizada por otro punto de vista. Ello se debe, en nuestra opinión, a dos factores. En pri-

⁵ S. Fish, *Is there a Text in this Class?*, Harvard University Press, Cambridge (Estados Unidos), 1980, pp. 368-369.

mer lugar, al concepto de la poesía como una revelación que proviene de los sentimientos, de las experiencias, de las iluminaciones del poeta. Esta concepción tiene sus orígenes en el romanticismo (y posiblemente también en la noción platónica del poeta), pero sigue presente entre nosotros. En segundo lugar, a ciertos factores que pertenecen a la forma del texto que es leído como lírico y que pueden describirse difusamente de la siguiente manera: este tipo de texto tiene una voz poética que no tiene más característica que ser un “yo” que expresa una actitud, un sentimiento, un estado de ánimo. He llamado a este “yo” una “entidad sin identidad”. Esta ausencia de personificación lleva al lector a identificar la voz con el poeta o, incluso, a asumirla para sí mismo.

Por otro lado, habría textos en los que esa misma entidad se carga de características que la sitúan en el tiempo y en el espacio (“una entidad con identidad”). A los textos de este tipo los lectores anglófonos los llamarían “monólogos dramáticos”. El monólogo dramático sería un tipo de prosopopeya según la retórica clásica. Es decir, un poema en el que el autor escribe con la voz de un personaje diferente de él. En el caso del “Poema conjetural”, el texto al que Borges llamó “monólogo dramático” de forma explícita, esa entidad sería Laprida. Para referirse a ella, usaremos el término *persona*. Un caso especial sería el de aquellos poemas en los que la voz es identificable con el poeta. Alguien podría decir que se trata de casos especiales de monólogos, pero lo cierto es que refuerzan para muchos lectores la idea de que la lírica es una expresión del individuo que la escribe y que, por ello, son leídos como poemas líricos. Paul de Man, sin embargo, posiblemente habría dicho que tales poemas son prosopopeyas del mismo modo que un texto autobiográfico lo es. Pues en la autobiografía el escritor construye un personaje diferente de él pero con su mismo nombre, bajo el cual ordena la multiplicidad de seres que lo constituyen.

De este modo, el estudio de las costumbres de lectura de las comunidades anglófona e hispánica nos permite transformar nuestras nociones sobre los géneros poéticos. No se considera ya al monólogo como un poema en el que la voz no sea la del poeta (¿cómo comprobar esto?), sino como un poema que se lee de forma diferente al lírico por ciertas propiedades de su voz poética (que está cargada de características que la convierten en una *persona*). El estudio de las costumbres de lectura de la comunidad ajena ha permitido reconocer las mismas en la nuestra y desestabilizar la noción de que la voz del

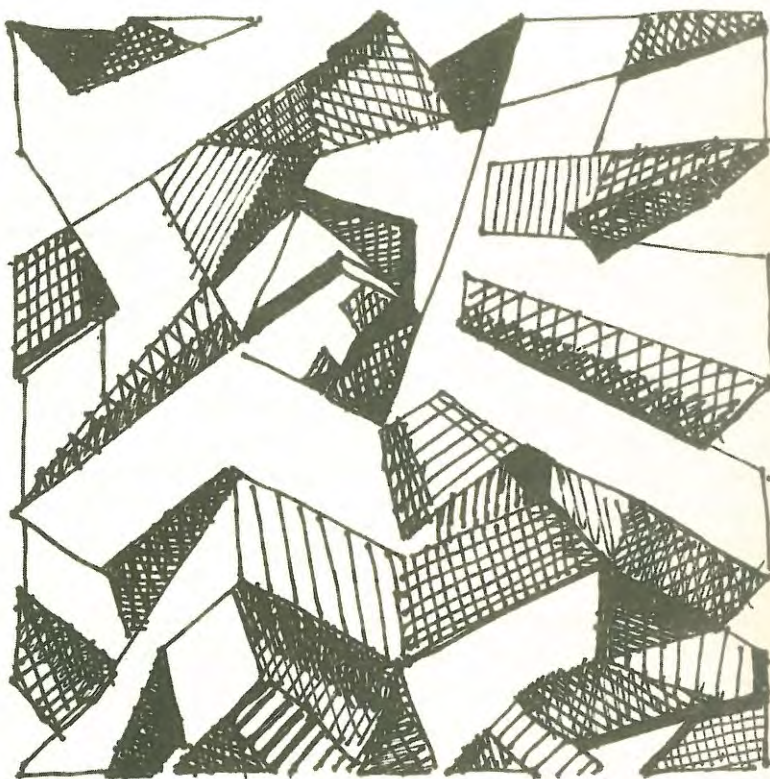
poema no tiene relación alguna con el autor. En la mente del lector y en algunos textos puede tenerla. Ello nos lleva hacia el planteamiento de una pregunta de especial relevancia: durante la mayor parte del siglo xx, la crítica ha sostenido que la voz del poema y el autor no tienen nada en común; no obstante, en general, la crítica más o menos subrepticamente ha seguido equiparando voz y autor: ¿cuál es la función o el propósito de tal equiparación?

Aunque una tentativa de respuesta a esta pregunta se ensaya al final del libro *Un juego de espejos...*, conviene echar un vistazo a la opinión que sobre este asunto nos da Marcel Le Goff en su comentario al texto "Borges y yo":

El escritor vive en una perpetua y perpleja dualidad y su unidad fundamental sólo le será revelada en la lejana reverberación de algún reflejo platónico. [...] Esta página ["Borges y yo"] se propone como un ajuste de cuentas con los comentaristas que privilegian la vida del escritor, haciendo así de la crítica literaria una serie, fatigosa o divertida, de anécdotas personales y también con los formalistas extremos que, al privilegiar la voz inmemorial expresada a través de los textos, se olvidan a veces de que la obra también es la expresión de un hombre hecho de carne y de sangre y cuya existencia pasa por momentos de placer, pero también de sufrimiento. [...] De hecho, en esta página Borges nos revela, sin ambigüedades, la absoluta consubstancialidad entre el yo escriturario y el yo existencial, ambos incluidos en un yo creador que los incluye y los excede.⁶

Me parece que la cita expresa una idea crucial. Por un lado, no dice que el poeta esté verdaderamente en sus textos; por otro, se niega a afirmar que esa voz que aparece en ellos sea solamente una construcción desvinculada de su creador. No sabemos si la verdad está en medio. Posiblemente el poema lírico es un intento de su autor por atraparse en un momento de su continuo devenir. Pero lo que importa no es la relación entre la voz del texto y la realidad, sino la función que estos poemas y esta presencia pretendida tienen para nosotros.

⁶ Marcel Le Goff, *Jorge Luis Borges: el universo, la letra y el secreto*, Librería Linardi y Risso, Montevideo, 1995, pp. 54-55.



C. Rivadeneira

Para hablar de esta función, parece necesario volver al monólogo dramático. A diferencia de la lírica que, en términos generales y difusos, se concentra en la representación que el autor hace de sí mismo, en el monólogo dramático lo que es representado es otro: el sujeto de la enunciación del poema. Por un lado, en los poemas de Borges estudiados en *Un juego de espejos*, la *persona* es considerada la voz individualizada del monólogo; pero lo gris de la caracterización de las *personae* en la obra de Borges modifica esta individualización de formas extremas. Sus *personae* funcionan de modos engañosos. La estabilidad de éstas es rota, duplicada o puesta en duda una y otra vez; los personajes denuncian de múltiples formas su ficcionalidad. No obstante, este continuo conflicto del lector con ellas pone de manifiesto los difusos trazos que sirven para darles a las *personae* coherencia temporal y la necesaria capacidad imaginativa del lector para construir y luego reconstruir a la *persona* cuando las expectativas iniciales se ven frustradas. Ello revela a las *personae* como Golems, criaturas hechas de palabras que se constituyen, se reconstituyen y cobran vida temporal gracias al proceso de lectura. En este sentido, el lector se convierte en su demiurgo temporal. Los tex-



C. R. Wadencyva

tos, además, sugieren que este mismo contacto inestable entre lector y *personae* ocurre entre el individuo y los que le rodean, ya sea como sujetos que escriben, que hablan o que emiten la más mínima señal. No sabemos qué hay detrás del rostro que interpretamos, pero de todas maneras lo interpretamos. Por otro lado, los textos permiten elaborar un comentario sobre este proceso de creación de Golems que parece ser alentado y frustrado de forma continua: la creación del otro y la frustración que puede acompañar este acto son movimientos en potencia inseparables de los que no podemos escapar si no estamos dispuestos a huir de la ilusión de lo uno y de lo otro.

Si el estudio del monólogo dramático sugiere que los otros, los que nos rodean, son creados por el individuo como intérprete del mundo y de sus textos, entonces el autor al que el crítico suele atribuir su interpretación del texto (en este caso, Borges) no es más que otro Golem de él. Dice Borges en el famoso ensayo "Kafka y sus precursores", de *Otras inquisiciones*, que "cada escritor crea a sus precursores. Su labor modifica nuestra concepción del pasado, como ha de modificar el futuro. En esta correlación, nada importa la identidad o la plurali-

dad de los hombres".⁷ La frase es también aplicable al crítico, y esto es obvio en el texto citado, pues es el ensayo el que explícitamente declara precursores de Kafka a Browning o a Dunsany, no el escritor checo. Sin embargo, el que el otro sea una creación del sujeto de la enunciación es sólo parte de lo que la lectura de monólogos dramáticos parece sugerirnos. Poemas como "Ni siquiera soy polvo" o "E. A. P." invitan, como ya se dijo, a pensar que nosotros somos productos de otros, en un proceso de creación recíproca que no tiene fin. James E. Holloway describe un acto similar de descubrimiento y autocreación valiéndose de "El acercamiento a Almotásim":

The novel reviewed in "El acercamiento a Almotásim" is a direct realization in fiction of this same, earlier definition of reality as a mirror image, as analysis of its specular allusions discloses: at each stage of his journey the student (the subject or perceiving consciousness) searches out

individuals (reality) who are somehow reflections of Almotásim (the ultimate Reality) but who are also really only reflections of the student himself, for Almotásim, too, is finally nothing more than the student's own mirror image.⁸

La descripción del relato es tanto más apropiada porque, como se recordará, "Almotásim [...] quiere decir etimológicamente *El buscador de amparo*".⁹ El hombre buscado es también buscador; las identidades de uno y otro son similares. Los paralelos con el proceso de lectura de los monólogos o de otros poemas de Borges son patentes. El lector los analiza, lleva a cabo una interpretación que generalmente adjudica al autor, pero que es en realidad y hasta cierto punto un reflejo de él. Dice Gertel:

La identidad como unidad de lo múltiple, es decir, de muchos seres del mismo contenido objetivo representados en

⁷ Jorge Luis Borges, *op. cit.*, p. 712.

⁸ James E. Holloway Jr., "Anatomy of Borges' 'El acercamiento a Almotásim'", *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 5, 1980, p. 42.

⁹ Jorge Luis Borges, *op. cit.*, p. 417.

un concepto, lo lleva [a Borges] a identificar al poeta con el lector, ya que ambos extremos cierran el círculo en la participación del fenómeno poético y constituyen la unidad. El lector, al recrear en la lectura el fenómeno poético, es tan creador como el poeta que lo escribió [...].¹⁰

Y, sin embargo, ello no implica que la interpretación de los textos esté sujeta al libre albedrío del intérprete. Entre otras razones, porque éste también es un Golem del texto y, a través de éste, del autor. De ahí que, unas páginas más adelante, Gertel diga: “El poder del soñador-creador es, sin embargo, limitado, ya que éste es instrumento de otro soñador creador”.¹¹ El intérprete, el lector, está generado por su comunidad, por supuesto, pero también por el autor cuyo texto estudia.

En su ensayo “Kabbalistic Borges and Textual Golems”, Jorge Hernández Martín considera que la interpretación resultante del proceso de lectura es un “Golem”. Nos dice: “It is at the moment of interpretation, when the multiplicity is fitted with the mask of coherence, that the Golem is revealed as the subject of the mask”.¹² Como hemos visto, identificar este Golem con el autor (como suelen hacer subrepticamente los críticos) o con el lector (como propone, entre otras tendencias críticas, la estética de la recepción) sólo es válido hasta cierto punto. Lo mismo ocurre si se lo atribuimos al texto (como sugirieron el New Criticism, el formalismo y el estructuralismo). En realidad, la interpretación es el producto de la colaboración de estas instancias y de otras dadas por la comunidad (por ejemplo, el ámbito crítico). De ahí que resulte apropiado definir este proceso colaborativo tomando como punto de partida la reflexión final del prólogo de Borges a la primera edición de *Fervor de Buenos Aires*:

Si en las siguientes páginas hay algún verso logrado, perdóneme el lector el atrevimiento de haberlo compuesto yo antes que él. Todos somos unos; poco difieren nuestras naderías, y tanto influyen en las almas las circunstancias que es casi una casualidad esta [*sic*] de ser tú el leyente y yo el escribidor —el desconfiado y fervoroso escribidor— de mis versos.¹³

¹⁰ Z. Gertel, *Borges y su retorno a la poesía*, University of Iowa-Las Americas Publishing Company, Nueva York, 1967, p. 60.

¹¹ *Ibid.*, p. 70.

¹² Jorge Hernández Martín, “Kabbalistic Borges and Textual Golems”, *Variaciones Borges*, núm. 10, 2000, p. 78.

¹³ Jorge Luis Borges, *Fervor de Buenos Aires*, Editorial Serantes, Buenos Aires, 1923.

El lector es en realidad un nuevo escritor del texto al interpretarlo y un creador del autor al adjudicar su interpretación a éste, pero a la vez es generado por el texto, por el autor de éste y por los contextos en los que estas instancias se sitúan.

En el marco presentado, quedan por situar dos conceptos fundamentales de nuestra forma de ver el mundo: el del yo y el del otro. En un sentido, estas entidades parecerían perder el valor que les otorgamos si todos somos condicionados por todos. Además, considerar al otro exclusivamente en función de la comunidad a la que pertenece también puede llevarnos a una simplificación de las diferencias, como le ocurre a Juan López y a John Ward. En cuanto reconocemos al otro como único en su contexto lo humanizamos. En palabras de Stanley Fish:

all objects are made and not found. [...] This does not, however, commit me to subjectivity because the means by which they are made are social and not conventional. That is, the “you” who does the interpretative work that puts poems and assignments and lists into the world is a communal you and not an isolated individual.¹⁴

No obstante, Fish sigue otorgando poder creativo al intérprete al decir: “No longer is the critic the humble servant of texts whose glories exist independently of anything he might do; it is what he does [...] that brings texts into being and makes them available for analysis and appreciation”.¹⁵ Nos aventuramos a dar una solución provisional a esta aparente contradicción entre originalidad y determinismo. En una conversación entre Borges y Ernesto Sábato, el primero dijo:

[...] hubo una época en que yo creía que Quevedo era mejor que Cervantes. [...] Lo mismo que yo creía que Lugones era superior a Darío. Sin embargo, sé que Lugones es a Darío lo que Quevedo es a Cervantes. Sin duda, Lugones habría podido corregir cualquier página de Darío, pero no hubiera sido capaz de escribirla.¹⁶

Esta página puede ser corregida, influenciada, reconstituida, por cualquiera, pero sólo puede haber sido escrita por quien la escribió. Ello no implica, por su-

¹⁴ S. Fish, *Is there a Text in this Class?*, *op. cit.*, p. 331.

¹⁵ *Ibid.*, p. 368.

¹⁶ Orlando Barone (comp.), *Diálogos entre Borges y Sábato*, Emecé, Barcelona, 2002, p. 59.

puesto, que tenga un valor intrínseco. Eso es una decisión de la comunidad.

No obstante, parecería más importante el problema de la supervivencia del “tú”, específicamente si consideramos que al adjudicar al tú del autor o a los de los que nos rodean ciertos significados, éstos dependen de una interpretación que es, en buena medida, nuestra. Conviene regresar brevemente a la figura de Almotásim. De acuerdo con Marcel Le Goff:

Almotásim no existió nunca, y tampoco la supuesta novela que lo cuenta. [...] Buscar la existencia de ese personaje es caer en el error de creer que el relato tiene un contenido, es decir, que tendría un sentido externo a sí mismo. Hay que atenerse a la letra. Almotásim es tan sólo una palabra, pero esa palabra es todo en ese universo simbólico de la cultura que el hombre se construyó para hacer soportable el inexplicable mundo.¹⁷

La creación del autor y de los otros por parte del lector o del intérprete es una necesidad, una herramienta para explicarnos el mundo, para sobrevivirlo, para acompañarnos. Por medio de esta creación, podemos ampararnos en la seguridad de una figura superior a nosotros, como lo hace Calibán en el poema de Browning utilizado como epígrafe en la sección inicial de este trabajo al crearse un dios a su imagen y semejanza. Esta creación del otro, como ya se dijo, también puede servirnos para exorcizar nuestros propios temores y odios, como hacen Juan López y John Ward, sin reconocer en esos odios las profundas similitudes entre uno y otro. Y hay un tercer uso, que finalmente nos lleva de regreso a un mundo en el que nos constituimos de forma recíproca. Este uso se relaciona precisamente con el acto creativo que llevamos a cabo cuando leemos poesía lírica. El lector suele adjudicar las palabras al poeta porque este acto promete una comunión entre su ser y el del otro. Esta revelación de que el otro es un individuo tan humano como nosotros, no sólo nos invita a sentirnos acompañados, sino a intentar acompañar al



otro al tratar de entenderlo mediante esta experiencia en apariencia compartida. Es posible que esa sospecha de que el otro es tan humano como nosotros sea una posibilidad de convivir de forma ética sin renunciar al concepto de individuo; de ahí que entre los conceptos de “yo” y “tú”, el segundo parezca determinante para equilibrar los deseos del primero.

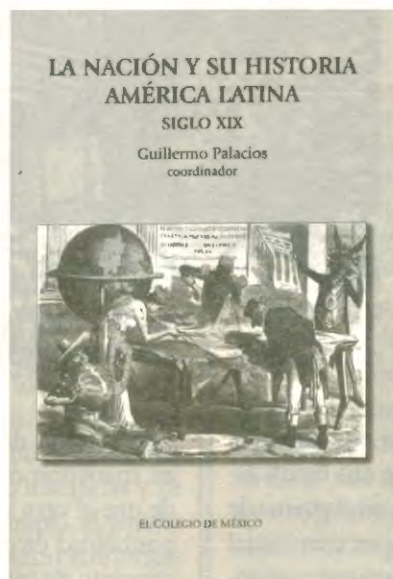
El estudio del monólogo dramático evidentemente se relaciona con el concepto de individuo en la obra de Borges. Puede servirnos simplemente para verificar que la representación de entidades con identidad tiende, como en el resto de la obra de Borges, a la despersonalización. Sin embargo, como se ha intentado hacer aquí, también puede servir para reflexionar sobre la figura del autor, la contraparte del lector, y asimismo sobre la del otro, ese gran desconocido continuamente inventado. En esta medida, el texto de Borges no es solamente analizado o descrito, sino interpretado y utilizado; en una palabra, creado, como todos los objetos, por un individuo que también es creado por muchos otros y, entre ellos, por el texto de Borges.

¹⁷ Le Goff, *Jorge Luis Borges: el universo, la letra y el secreto*, op. cit., pp. 287-288.

Apropiación del pasado, escritura de la historia y construcción de la nación en México*

La emergencia del saber histórico en México durante el siglo XIX se debe no solamente a un factor literario —la evolución de un tipo de escritura—, sino también a un factor de índole político. Por esa razón podemos preguntarnos: ¿Qué aspectos de la antigua república de las letras sobreviven en el nuevo régimen político? ¿Cómo se reformula el saber histórico tradicional en el nuevo régimen político? ¿Qué problemas hay para dotar a la historia de una nueva legitimidad? La pugna entre liberales y conservadores fue uno de los factores activos que intervinieron en la construcción del campo histórico durante el siglo antepasado. Pero la pregunta también puede plantearse a la inversa: ¿Qué aspectos del saber histórico tradicional son reformulados en el contexto del establecimiento del saber científico positivista?

Es indudable que el siglo XIX intentó crear un lenguaje historiográfico propio. Se podría decir que durante este periodo se conformó un estilo nacional de escribir historia, pues por encima de las diferencias político-ideológicas se desarrollaron los principios de una iden-



idad disciplinaria. El discurso de la historia no fue inventado en el siglo XIX. El término *historia* no apareció por primera vez en el siglo XIX. Sin embargo, durante ese lapso su valoración fue modificada y se utilizó más en un día o en un año que a lo largo de las épocas anteriores. Son escasas las palabras acuñadas por ese siglo referidas a la historia. No obstante, se alteró el valor y la frecuencia de las palabras, y se convirtió en un bien general lo que antes se circunscribía a un pequeño grupo o a alguna corporación.

Es importante tener en cuenta que la historia no encarna necesariamente por medio de discursos individuales

y racionales, sino por palabras sueltas o frases aisladas que se imponen a fuerza de repetirse hasta configurar un uso generalizado. Así, puede decirse que el vocabulario de la historia que se conformó a partir del siglo XIX no sólo ha llegado a crear y pensar por cada uno de los mexicanos, sino que es capaz de generar emociones y de dar orientación a la personalidad, tanto más cuanto se ha convertido en un hecho natural. Hay libros que no trascienden el lenguaje de un grupo en la medida en que refieren a su cohesión interna, pero no a la vida entera. En cambio, hay libros como los de historia que pueden llegar a formar parte del lenguaje de una colectividad debido a la toma de poder de ese grupo; son libros, entonces, que se apoderan de todos los ámbitos públicos y privados. En ese momento la historia se vuelve mo-

* Publicamos un fragmento del trabajo de Guillermo Zermeño Padilla incluido en la obra *La nación y su historia. Independencias, relato historiográfico y debates sobre la nación: América Latina, siglo XIX*, Guillermo Palacios (coord.), El Colegio de México, México, 2009.

nocorde: se convierte en un hecho natural y por tanto esencial, en un lenguaje que tiende a tomar las partes por el todo.

El presente hace hablar al pasado

En 1821 México nace ante la historia como nación. A partir de entonces el nuevo México hizo hablar al pasado “no mexicano”, esto es, al pasado precolombino y virreinal, de otra manera. Aunque es verdad también que el pasado novohispano había hecho hablar de otra manera a los antiguos mexicanos. La pregunta entonces es cómo “los nuevos mexicanos” se apropiaron del pasado. No sólo se apropian de temas y periodos, sino que convierten en historiadores mexicanos a los cronistas españoles e indígenas. La historiografía nacional, en ese sentido, se funda en un anacronismo. Intentaremos describir brevemente este proceso.

Estrictamente hablando, no hay historia de México mientras no exista México como nación. Por eso no hay que confundirse con la historia del jesuita Francisco Javier Clavijero. Su “México” no es el México cuya historia comienza a trazarse en 1821. Clavijero persigue otros fines y se refiere a los “mexicanos originales”, a los pobladores antes de la invención de América, a los habitantes del suelo “americano” antes de la llegada de los conquistadores españoles. Clavijero escribe su historia para responder a las historias que le parecen ofensivas e indecentes, para hacer la crítica de ciertas versiones ilustradas sobre los “salvajes americanos”. Clavijero, criollo español americano, se siente aludido, pero también busca corregir los errores históricos que a su juicio encuentra en las páginas de autores como el prusiano Cornelius Paw, el naturalista francés Buffon y el escocés Robertson. Es una historia de la tierra y sus pobladores, de su antigüedad y de sus formas de gobierno y artes de hacer las cosas (cultura), del antiguo México hasta el día y año de la conquista (mayo de 1521). Lo hace siguiendo las convenciones del *ars* histórica de su tiempo, y prosigue la historia de su correligionario José de Acosta.

La ambigüedad del término *México* se origina en La Declaración de Independencia, firmada el 28 de septiembre de 1821. Con esta Declaración se pone oficialmente en circulación el nombre de México ampliando su significado. La palabra *México* ya no refiere únicamente a los antiguos pobladores del valle del Anáhuac, sino también a los europeos que llegaron después. La

Declaración toma prestado un nombre antiguo españolizado para denominar una nueva entidad.

¿En qué sentido y hasta dónde un evento jurídico-político puede afectar la forma de escribir la historia? En principio se trata de dos eventos no simultáneos. En primer lugar, es la Declaración —resultado de movimientos sociales y políticos, tanto internos como externos— la que funda la nación, sólo después comienza a escribirse su historia. El primer paso supone el cambio de nombres de la misma entidad: se sustituye Nueva España por México. Este giro implica escribir una nueva historia, pero no necesariamente presupone un cambio inmediato de los instrumentos con que se hace la historia ni cómo se escribirá.

La Declaración de Independencia contiene una frase con una referencia histórica explícita. “La Nación Mexicana que por trescientos años ni ha tenido voluntad propia, ni libre el uso de la voz, sale hoy de la opresión en que ha vivido”.¹ Se trata evidentemente de un anacronismo; no hace justicia a la verdad histórica en cuanto al establecimiento de las relaciones entre gobernantes y gobernados durante el virreinato novohispano. Muchos de los que se dicen oprimidos en 1821 y fundamentan la necesidad de la Independencia pudieron en el pasado inmediato ser miembros de los opresores. Históricamente, la nación era inexistente antes de 1821; la nación mexicana, por tanto, no es sujeto de atribución moral y así no es verdad que la nación esté saliendo de la opresión después de tres siglos. Llama la atención que la fecha de 1821 coincida con la fecha de la conquista, tres siglos antes. Esta simetría pudiera contener un valor simbólico. La retórica de la Declaración sólo expresa la voluntad manifiesta de fundar una nación. Posee la dimensión de un futuro al que se aspira más que ser propiamente la expresión de una experiencia pretérita.

Al margen de su contenido de verdad, lo importante es que la referencia histórica evoca un sentimiento de humillación que apela a su contraparte: la necesidad de contar la historia de la emancipación o salida de la opresión. Esta historia adquiere una coloración dramática para que sea verdadera; será la historia de héroes y villanos, de próceres y traidores; una historia en la que deberán brillar los precursores de la Independencia y de la libertad. Una historia fincada en dicho sentimiento de humillación buscará en el pasado los motivos de su

¹ Acta de Independencia firmada el 28 de septiembre de 1821.

edificación y redención. Por eso, en sus inicios, exhibirá fuertes motivos escatológicos y providencialistas.

Fray Servando Teresa de Mier publicó en 1813 la *Historia de la Revolución de Nueva España antiguamente Anáhuac o verdadero origen y causas de ella con la relación de sus progresos hasta el presente año de 1813*. Como vemos, no aparece todavía el nombre de México como el recipiente natural de esta historia. Algunos años antes se había publicado en Italia *La historia antigua de México*, del jesuita expulso Francisco Javier Clavijero. Como se dijo, no es una historia de México, sino del antiguo México, es decir, una narración del periodo anterior a 1521. La intención de Clavijero se dirigía además a la defensa de la grandeza de los americanos frente a la denigración de la cultura hispánica por los *philosophes* de la Ilustración. Se trata, en ese sentido, de una historia apologética.

Por eso considero que la historia de México comienza a escribirse hasta que el país, como una nueva entidad política, desarrolla su propia experiencia, traza en medio de la incertidumbre su camino político y social. Ahora bien, en la medida en que México toma prestado el nombre de los antiguos habitantes del Anáhuac, va creando una relación ambigua con los descendientes de los antiguos pobladores, quienes paulatinamente dejarán de ser llamados indios para convertirse en los indígenas modernos. Una de las cuestiones de la futura historiografía será saber qué hacer con ese pasado y ese presente de los antiguos pobladores del Anáhuac.

No es sencillo determinar el significado de la palabra *historia* en ese momento. Existen diversos géneros que podrían confundirnos, y aparecen títulos que llevan el nombre de historia o relación de hechos. Sin embargo, lo decisivo radicaría en poder establecer las nuevas relaciones entre el discurso histórico y la nueva entidad política. Y por lo menos cuando ocurre la independencia de México, la historia como relato verídico de los hechos del pasado no tiene un lugar central en los saberes del Antiguo Régimen. Ese lugar es ocupado principalmente por la filosofía y la teología, por un lado, y la historia natural, la medicina y el derecho, por el otro; de modo tal que el saber histórico tiene

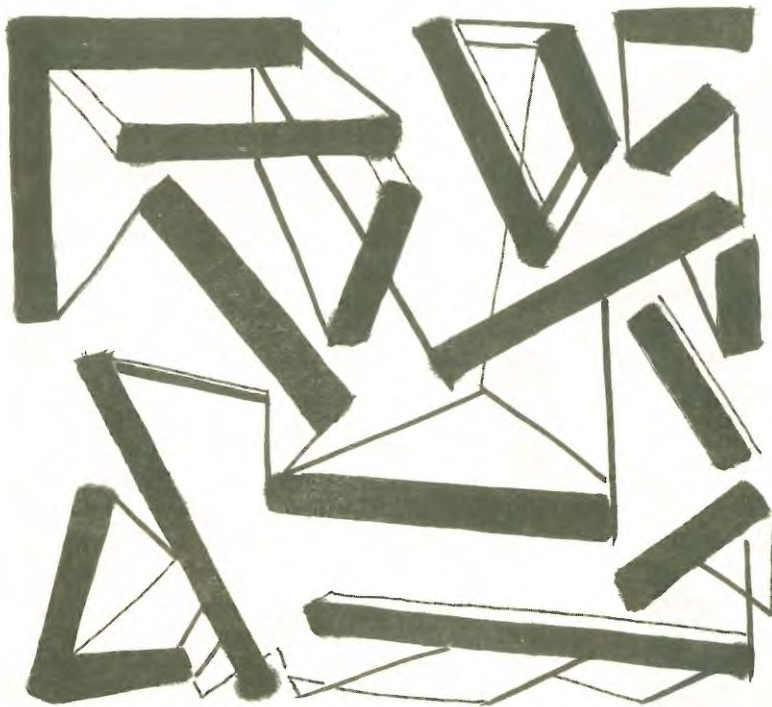
una función secundaria o subordinada. La historia es importante sobre todo para los funcionarios civiles y eclesiásticos; sirve de apoyo para elaborar discursos y argumentaciones, para descubrir en el presente la confirmación de los designios inscritos en la providencia —historia eclesiástica— o en las obras del pasado —historia civil—.

Una política de la historia

La figura del intelectual como se le conoce actualmente no existe durante la primera mitad del siglo XIX. En cambio, sí puede apreciarse la figura del “ideólogo” desarrollada a partir de la Revolución Francesa. Del mismo modo, la figura del historiador durante ese periodo no coincide plenamente con la del profesional de la historia consolidada en el siglo XX en los centros de investigación y de enseñanza.

En principio se puede encontrar que, durante el siglo XIX, el individuo que se ocupa del estudio del pasado es también predominantemente un funcionario de Estado. Un Estado en gestación, que emerge de las cenizas





del imperio español bajo la dominación borbónica, un Estado que utilizó el estudio de la historia para dotar a la nación de su propia aureola. La gestación política de la nación cifrada alrededor del dilema entre monarquía o república, implicó que los nuevos gobernantes, ya desligados de sus obligaciones con Madrid, tuvieran que hacerse cargo también de los antiguos archivos, en particular de las antigüedades mexicanas heredadas de la corona española por la nueva entidad política.

Lucas Alamán (1792-1853) representa uno de los ejemplos más acabados de esta figura de historiador-funcionario. Poco después de la emancipación política de México, Lucas Alamán se hizo cargo del Despacho de Gobernación y Relaciones Exteriores en 1823. En la *Memoria* presentada ante el Congreso, en 1823, Alamán establece, a mi parecer, algunas de las pautas del historiador del futuro. En primer lugar, otorga a la estadística un valor primordial para la adecuada administración del territorio y de la economía nacional. Como veremos, su utilización no representa una innovación original del nuevo régimen político. Un segundo aspecto es la importancia atribuida al desarrollo de la educación pública para la formación de una ciudadanía consciente de sus libertades individuales. En tercer lugar, Alamán menciona la necesidad de crear un organismo dirigido a la administración de la memoria nacional. La admi-

nistración de los bienes de la nación y la generalización de la educación aparecen como dos aspectos que subyacen a la necesidad de construir una memoria histórica apropiada a la emergencia del nuevo régimen político. No aparece todavía el interés en escribir una historia de la nación mexicana, porque su precondition —la nación— no existe sino como una promesa en ciernes. En cambio, está ya presente la cuestión de qué hacer con el legado del Antiguo Régimen con todo y sus legajos.

Alamán hace referencia, por ejemplo, a los archivos administrativos del régimen virreinal recién colapsado. En relación con ese cúmulo de papeles en completo desorden considera la conveniencia de formar un archivo general; pero al pensar en su utilidad no lo hace en función de los “historiadores”, sino del “público” en general. Distingue del legado novo-

hispano el archivo vivo del archivo muerto o conjunto de piezas y objetos de toda clase coleccionados durante el virreinato. Hace mención expresa de dos coleccionistas, Boturini y Dupaix, quienes se preocuparon en conservar un tipo de objetos extraños y curiosos. Piezas que habían dejado de cumplir una función en el presente y, sin embargo, a juicio de Alamán, no por ello eran menos apreciables.

La pregunta natural que surge es acerca del proceso que condujo a estimar como valiosas a esas “antigüedades mexicanas”, así como aquellas “de los primeros años de la dominación española”. Es de notar que no se trata del gusto particular de algún individuo por estas curiosidades, sino del interés de un funcionario en establecer una política de Estado respecto a tales objetos para colocarlos en el espacio adecuado para su exhibición, cuyo objetivo era que los “estudiosos” pudieran leerlos y examinarlos sin trabas ni dificultades en beneficio “de la nación” y de intereses de los particulares.

En la *Memoria* presentada ante el Congreso destaca el hecho de que existen entonces personas curiosas interesadas en analizar esos objetos, y que sus actos pueden llenar una necesidad de la nación. A diferencia de lo que se ha pensado, se muestra el interés primordial en estudiar el origen del hombre americano, las culturas precolombinas y, sólo después, comenzará a haber ma-



cuenta en su haber personal con una amplia experiencia en el campo de la minería, y relaciones personales con un amplio espectro de personalidades científicas de la escena europea. En su opinión, el nuevo gobierno requiere disponer de cuentas claras y exactas del universo político, social y cultural. La nación debe construirse sobre la base de inferencias probadas y no meramente especulativas. Alamán, hijo de su época, en cierto modo no hace sino dar continuidad a algunas de las premisas de la España ilustrada de los Borbones: dotar al aparato de Estado de una mayor racionalidad y capacidad de contender con las otras potencias.

Política e historia

Ahora bien, en la medida en que la figura del historiador es marginal y emerge desde los recintos del gobierno, la formación del discurso histórico estará fuertemente afectada por las configuraciones sociopolíticas de las élites. En especial, desde la década de 1830

por interés en el virreinato. La administración colonial está todavía demasiado próxima como para someterla al escrutinio histórico, es constitutiva de todos aquellos que participan en la construcción de la nación. Más aún, se puede decir que la iniciativa de Alamán no hace sino proseguir una tradición imperial establecida antiguamente por el Consejo de Indias. La única diferencia es que Alamán lo hace en nombre de la nueva nación mexicana.

Así, como funcionario de un Estado en gestación, Alamán se pregunta en 1823 acerca de qué puede y debe hacer con el legado recibido de la administración anterior. Como ministro del Interior y del Exterior es receptor de una herencia compuesta por una población, un territorio y un pasado conformados por objetos en desuso pero que despiertan asombro y curiosidad, especialmente a partir del siglo XVIII. Estadística, educación e historia se constituyen como los tres pilares básicos para la construcción de la nación. Estas tres instancias se corresponden con la creación de espacios adecuados para cada una de las operaciones. La formación de estos espacios requerirá tiempo y recursos, y sin duda también intervendrán los avatares políticos. Alamán

los rasgos de los dos bandos políticos conservador y liberal se hacen más evidentes. No obstante, la formación del discurso histórico de la nación no respetará en lo fundamental las ideologías políticas. Dentro de un tejido más o menos unitario podrá haber cierta preferencia por algunos periodos, temas o personajes, que evocan viejas disputas entre antiguos y modernos. Salvadas las diferencias, emergerá un tipo de escritura histórica más o menos unitario.

En las oscilaciones que podría haber entre gobiernos centralistas o federalistas dominará un tipo de iniciativas como las de Lucas Alamán acerca de la necesidad de tejer un discurso unitario representativo de la nación. Poco a poco un discurso histórico centrado en el presente inmediato dará lugar a la exploración y estudio sistemático del pasado colonial y prehispánico. En esta labor destacarán sobre todo personajes del partido conservador.

Es reveladora, por ejemplo, la forma como el mismo Alamán dos décadas después, hacia 1850, estableció el vínculo entre patria y nación. Frente al bando liberal se definió como un conservador porque tiene interés, dice, en "conservar la débil vida que queda de esta pobre so-

ciudad, a quien habéis herido de muerte”. Acusa a los liberales de haber despojado “a la patria de su nacionalidad, de sus virtudes, de sus riquezas, de su valor, de su fuerza, de sus esperanzas, nosotros queremos devolvérselo todo, por eso nos llamamos conservadores”.²

Entre el despojo y la restitución de las virtudes y riquezas del pueblo mexicano, Alamán cifra el dilema de la nación. Esta apreciación tiene lugar después de la experiencia traumática de la guerra con Estados Unidos (1846-1848). Ya no se trata solamente de la conservación y examen de objetos curiosos, sino que éstos contienen el poder de representar los valores y las virtudes de la mexicanidad. Así, podría ser paradójico para quienes piensan la modernidad solamente como contraposición a la tradición que un funcionario e historiador moderno convierta la tradición en un valor para el presente. Son las formas ancestrales, de acuerdo con Alamán, las que configuran las virtudes y dotan de fortaleza a un pueblo.

Espíritu nacional y espíritu patriótico se hermanan alrededor del discurso histórico. La historia de la nación es una de las formas, entre otras, de recuperar y restituir las “virtudes” del mexicano plasmadas en su pasado. También, parecería que la guerra y, en particular, las derrotas llegan a constituirse en la ocasión ideal para plantear las interrogaciones históricas clásicas: ¿De dónde se viene? ¿A dónde se va? Y el problema acerca de las fortalezas y debilidades del mexicano pueden ser respondidas únicamente si se revisa su pasado. Esta sola pregunta pone en juego el acervo cultural relacionado con el pasado (patrimonio histórico) e incluye otra cuestión acerca del modo “correcto” de hacerlo.

Hasta aquí podría plantearse que la historia que se escribe durante este periodo corre al parejo con la gestión política de la nación. Es una historia que no contiene profundidad histórica, porque en esencia se trata de una historia del presente. Pero a partir de la guerra con Estados Unidos se inicia propiamente un periodo reflexivo que sienta las bases para la formación de un discurso histórico nacional.

Escribir una nueva historia

El desarrollo de la estadística es un buen indicio para observar las bases de la construcción del nuevo discurso

² Citado en Andrés Lira, “Prólogo”, *Lucas Alamán*, Cal y Arca, México, 1997, p. 58.

so histórico. El “arte de razonar por medio de las cifras”, como denominó Condorcet a la estadística,³ es en esencia una práctica desarrollada en el Antiguo Régimen. Se concibe como un saber universal que desconoce el color de las banderas políticas. El atributo principal de la estadística no consiste tanto en el manejo de los números, sino en la búsqueda de las regularidades, tanto en el mundo natural como social. Si se aplica este dispositivo al análisis histórico, significa que se pueden extraer las verdades necesarias para “domesticar el azar” en el presente.⁴

Después de Alamán, José Justo Gómez de la Cortina (1799-1860) es otro de los personajes “conservadores” interesados en desarrollar las artes del gobierno al servicio de la nación. No se trata tampoco de un historiador como lo conocemos hoy en día. El Conde de la Cortina fue un funcionario público, gobernador del Distrito Federal en 1835-1836, ministro de Relaciones Exteriores y de Hacienda en 1837-1838, un empresario ligado al ramo de los ferrocarriles y, finalmente, un individuo interesado en la ciencia y la cultura. Fue fundador en 1833 del Instituto de Geografía y Estadística con sede en su domicilio privado. Ese año, Manuel Ortiz de la Torre estableció por primera vez las normas para descubrir por medio de la estadística las características del “mexicano medio”.⁵ En enero de 1835, el Instituto fue reconocido oficialmente por el Gobierno. En 1839 asumió la forma de Comisión de Estadística Militar, debido al interés expresado del Ministerio de la Guerra, y sólo hasta 1850 al Instituto se le conoce como Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. El Conde de la Cortina coincidía con Lucas Alamán en que por medio de la estadística se puede tener un mejor gobierno al descubrir las leyes o constantes en el funcionamiento del mundo social.

Diez años después de la Independencia aparece la necesidad de redactar historias de los estados, del “distrito y territorios de la federación”. Lo interesante es que esta iniciativa forme parte de un “instructivo” para recabar los datos estadísticos del país. La estadística se convirtió desde el siglo XVIII en una ciencia estratégica para gobernar. El inventario del pasado corre al parejo con

³ L. Mayer Celis, *Entre el infierno de una realidad y el cielo de un imaginario. Estadística y comunidad científica en el México de la primera mitad del siglo XIX*, El Colegio de México, México, 1999, pp. 15 y 22.

⁴ Ian Hacking, *La domesticación del azar*, Gedisa, Barcelona, 1991. Cf. Mayer Celis, *op. cit.*, p. 21.

⁵ Mayer Celis, *op. cit.*, pp. 42 y 56.

el de la población, recursos naturales, etcétera. En este instructivo se anuncia el orden temporal que debe guiar la recopilación de los datos históricos y su narrativa. Se ha de hacer a partir de tres épocas: “la anterior a la conquista”, “la del gobierno español” y

la de la independencia, manifestándose por sus fechas respectivas y circunstancias dignas de notarse los descubrimientos de los terrenos que sucesivamente se fueron haciendo, el establecimiento y reformas posteriores en la administración civil y eclesiástica, y en los diversos ramos de civilización y prosperidad, y los principales sucesos acaecidos hasta hoy, con particularidad los de la tercera de las tres épocas mencionadas, esperando los individuos que hayan obtenido celebridad en ella por su beneficencia pública, buen gobierno, literatura, brillantez de sus armas, o por cualquier otro aspecto, y los lugares famosos por las acciones de guerra, pronunciamientos y demás ocurrencias notables.⁶

Además de la creación del Instituto de Geografía y Estadística (1833), en 1835 se fundan las academias nacionales de la lengua y de la historia. En ese año, José María Gutiérrez de Estrada, siendo ministro del Interior y del Exterior, en su *Memoria* ante el Congreso, al igual que Alamán, asume un proyecto de Estado relativo a la instrucción pública y el desarrollo de las academias de ciencias, artes y humanidades. Teniendo en cuenta la relevancia de difundir el conocimiento a través de publicaciones periódicas, promueve la *Revista Mexicana* para dar a conocer las cosas notables que hay en México en cuanto a su historia, costumbres, avances en las ciencias naturales y exactas y demás artes como el militar y la agricultura, sin olvidar aquéllas dedicadas a la “belleza”. Al ministro le interesa sobre todo difundir sus progresos (“adelantamientos”) en todos los ramos, pero también sus dificultades. Confía en que con la propagación de estas “luces” se disipen los errores “que ejerce la poderosa influencia en el atraso que sufrimos”. En cuanto a la conservación y el cuidado de las ruinas, códices, manuscritos y restos de la antigüedad mexicana, sería “vergonzoso”, dice, no continuar con trabajos como los de Guillermo Dupaix de 1806. Sería “vergonzoso” dejar en la oscuridad “la historia de los primeros tiempos de la Nación, y los usos, costumbres y gobierno de nuestros antepasados. Pero nuestras fatales discordias, así como han impedido los progresos de nuestra industria, han

⁶ Manuel Ortiz de la Torre, “Instrucción sobre los datos para formar la estadística”, 30 de septiembre de 1831.

paralizado las mejoras”. Reconoce, empero, que su investigación está llena de dificultades pues se trata de objetos que “manifiestan un gusto muy extraño y singular”, que recuerdan a los egipcios.

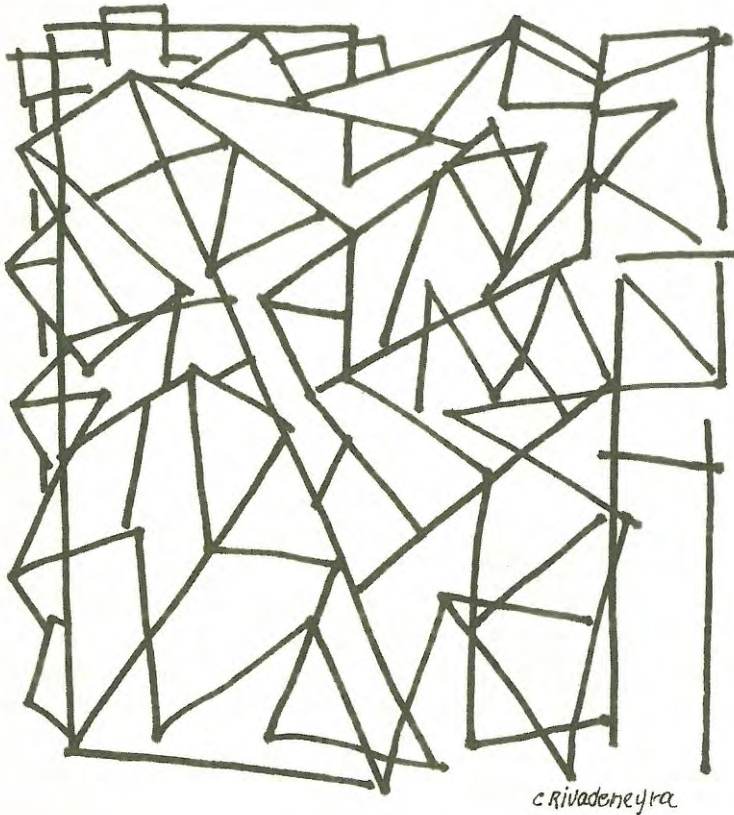
En el discurso de Gutiérrez de Estrada se destaca el programa (que me permito citar *in extenso* por su importancia) que han de desarrollar principalmente las diferentes academias de la lengua, de la historia y de las artes en cuanto a la necesidad de

ilustrar la historia de nuestra nación, purgándola de los errores y fábulas de que tanto adolecen las que se han escrito hasta ahora, aclarando las contradicciones que en ellas se encuentran a cada paso, comparando los datos acerca de los hechos que se refieran de distinto modo, distinguiendo en cada uno la mayor o menor probabilidad, y poniendo en claro los acaecimientos más notables, sus efectos, su influjo en el estado moral y físico de la nación, y sus conexiones con los demás del mismo continente y de otras partes del mundo. [...]

La oscuridad de los tiempos y de los sucesos anteriores a la conquista hace más indispensable un estudio profundo de los pocos medios que nos restan para averiguarlos y darles mayor claridad y certeza que la que hasta aquí se ha conseguido. La historia posterior a la conquista se reduce únicamente a la nomenclatura de los Virreyes que gobernaron la Nueva España; y nadie ha escrito la de los tres siglos de la dominación española, que era la más importante y útil para nosotros. Los acontecimientos que ocurrieron en esta época han quedado sepultados en los archivos o en las crónicas de las órdenes religiosas, y sin embargo, era muy conveniente saberlos, tener noticia de la legislación, de los usos y costumbres introducidos entre nosotros, del sistema adoptado por el gobierno de España para la administración de las Indias, de las variaciones que ha tenido, de sus causas y motivos y de las consecuencias que produjeron, para que, a la luz de lo pasado, hubiéramos podido guiarnos y marchar con alguna mayor seguridad en nuestra nueva carrera.

A estas razones de necesidad y conveniencia, deben añadirse las del lustre y honor que resultarán a la República de que se escriba su historia y se saquen del olvido los hechos de nuestros antepasados, refiriéndose con verdad, cuál fue la suerte que tuvieron, sus padecimientos o la quietud y seguridad de que gozaron, y las causas que influyeron en su atraso o adelantamientos. Los demás puntos que debe abrazar la historia darán a conocer las producciones de nuestro país, su población, su riqueza, el carácter de sus habitantes, los establecimientos que posee, el estado de su ilustración y de su industria, y la prosperidad y el engrandecimiento a que es llamado por la Providencia entre los demás de este continente.

Deseoso el Gobierno de elevar este monumento de gloria en nuestra patria, con el objeto de que se reúnan desde luego los materiales necesarios para su construcción, ha excitado el celo y patriotismo de varias personas recomen-



dables por su saber, talentos y dedicación al estudio de nuestras antigüedades, eligiéndolas para formar con ellas una Academia Nacional de la Historia, que tenga por instituto la adquisición de materiales históricos, especialmente los documentos originales, obras inéditas y de cuanto exista en los archivos públicos y bibliotecas particulares.

El Gobierno se lisonjea de que prosperarán pronto los trabajos de la Academia, y que sus individuos justificarán la confianza que ha depositado en ellos y la buena reputación de que disfrutaban.⁷

Gómez de la Cortina encabeza un grupo de cerca de treinta personalidades de la política y la cultura que van a participar en las producciones de revistas y periódicos y en la formación de liceos y academias. Se atribuyen asimismo la función de “censurar el lenguaje y estilo de todas las obras”, tanto del gobierno como de los cuerpos científicos y de escritores en general.

El interés de Gómez de la Cortina en la historia data, como en Alamán, de la década de 1820. En 1829 pu-

⁷ José María Gutiérrez de Estrada, *Memoria de la Secretaría de Estado y del Despacho de Relaciones Interiores y Exteriores presentada ante el Congreso el 26 y 30 de marzo de 1835*, Imprenta del Águila, México, 1835, pp. 41-46. Ortografía actualizada.

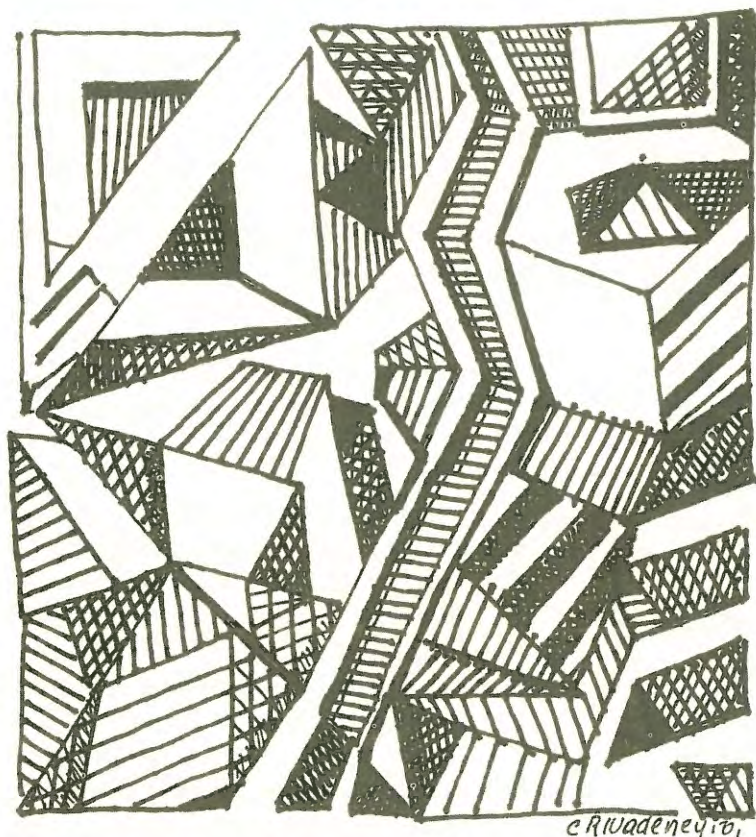
blicó una *Cartilla historial o método para estudiar la historia*, reeditada en México en 1840 y dedicado a los alumnos del Colegio Militar. Ahí plantea la necesidad de hacer de la historia una ciencia similar a la astronomía, capaz de revelar el sentido y la dirección de los hechos futuros. En 1844 participó en una polémica sobre la historia con José María Lacunza (1809-1869), originada por la necesidad de renovar los planes de estudio en la enseñanza de las humanidades. Por primera vez se estableció la enseñanza de la historia de México a nivel superior. Brevemente, en la discusión aparecen dos temas de interés: la actualización de los métodos de enseñanza y la escritura de la historia. Sobresale el interés por dejar de hacer una simple relación de hechos para descubrir sus relaciones causales. Se puede considerar como la “primera querrela” moderna de corte historiográfico en México.⁸ En 1829, como se advirtió, Gómez de la Cortina ya había planteado la necesidad de hacer de la historia una ciencia similar a la astronomía. Esta pretensión

implicaba modificar la sintaxis y gramática de la escritura sobre el pasado.

Motivado también por la derrota en la guerra con Estados Unidos (1846-1848), el *Diccionario universal de historia y geografía*, de 1853-1856, está inspirado en un sentimiento de humillación: desde sus primeras páginas se nos recuerda la derrota y las pérdidas territoriales. De ahí la necesidad de elevar el espíritu patriótico mediante el inventario histórico y territorial después de la derrota. La historia adquiere una función análoga a la de los geógrafos y estadísticos en cuanto a establecer las medidas de la nación y así disponer de mejores bases para futuras guerras.

El *Diccionario* fue producido por el mismo grupo de la década anterior, pero integrando a nuevos jóvenes interesados en la historia, como Manuel Orozco y Berra y Joaquín García Icazbalceta. Este último acababa de traducir la obra de William Prescott sobre la conquista de Perú. Así, en la lista de colaboradores de los diez

⁸ En Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, 2ª ed., UNAM, México, 1992 [1970], pp. 74-132.



volúmenes aparecen personalidades de diversas generaciones y profesiones. Todos comparten la idea de que el desarrollo de una cultura histórica objetiva era también base para el progreso de la nación. La producción del *Diccionario* se inspiró en un diccionario histórico español de 1846-1848, dirigido por Francisco de Paula Mellado, quien a su vez había tomado como modelo la versión francesa del *Dictionnaire Universel d'Histoire et de Géographie* (1842), de Marie Nicolás Bouillet.

Los primeros volúmenes de este diccionario comenzaron a circular en 1853. En su concepción se trata de la adaptación de una tecnología desarrollada en Europa a partir del siglo XVII a la situación de una nación moderna en construcción, que pone su esperanza en el pasado para darse la consistencia de la que carece en el presente y para recibir una orientación para el futuro. La producción de estos libros monumentales deja ver que así como se requieren geógrafos para delimitar el territorio y las riquezas naturales, y estadísticos encargados de inventariar y calcular el material humano y moral de la nación, hacen falta historiadores que regresen el pasado al presente para saber qué es un mexicano, o si se quiere, qué se puede esperar de un mexicano.

Estos individuos han de ordenar, clasificar y reseñar las antigüedades mexicanas y novohispanas para conformar una memoria exacta de la nación. Así, situado en los linderos de “lo nacional”, la novedad de este programa radica en el propósito de fijar los hechos históricos y desarrollar paso a paso una narrativa capaz de inscribir la historia mexicana en la historia de la humanidad.⁹ Esta narrativa de largo alcance es la que propiamente desarrollarán los liberales unos años después.

Hasta aquí parece que la escritura de la historia sigue un proceso unitario y coherente. Se muestra una mayor presencia de los conservadores en la historia que de los miembros del partido liberal, más atentos a la historia del tiempo presente. Sin embargo, el triunfo del partido liberal en la Guerra de Reforma (1857-1867) pone las bases para el desarrollo de una versión liberal de la historia de México. Se verá cómo a la *Historia de Méjico*, de Alamán, se

contrapondrá la de Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano* (1902); frente a la versión del *Diccionario universal* antes mencionado aparecerá un nuevo *Diccionario*, de Francisco Sosa.

Retomaré al final la historia de Justo Sierra, pues parece ser la culminación de un proceso historiográfico que tendrá gran importancia incluso en el futuro de la historiografía del siglo XX. Pero aquí quisiera subrayar que aun cuando sus interpretaciones puedan diferir en la valoración de personajes y procesos históricos, las versiones liberal y conservadora comparten en esencia modos similares de cocinar la historia. Los ingredientes pueden variar, pero ambas tienen la idea de un historiador-juez del pasado y formas narrativo-literarias dramáticas.

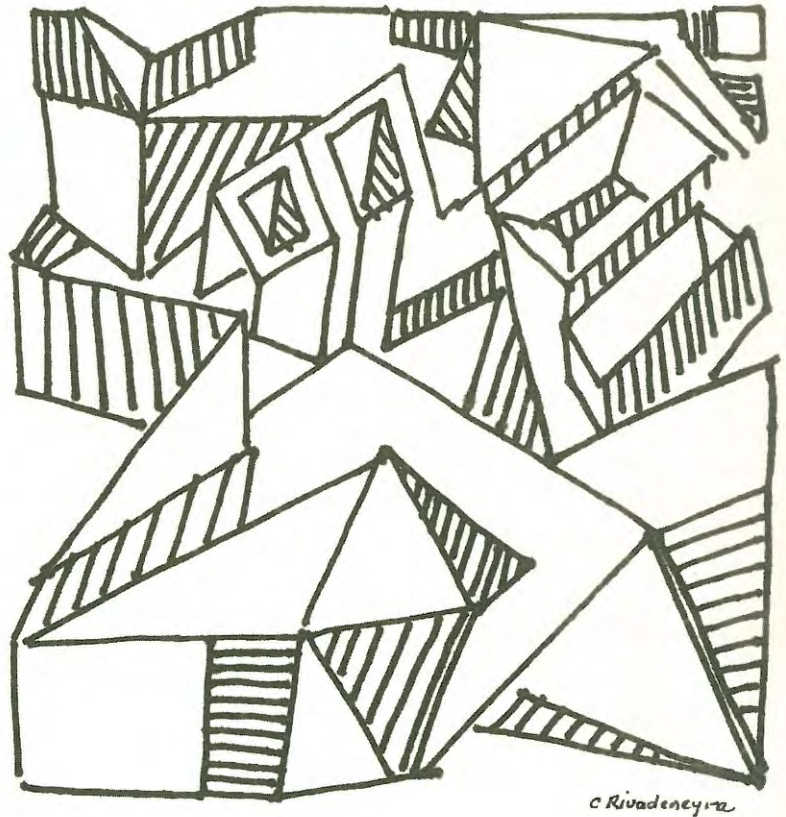
Así, podemos decir que las bases de un nuevo discurso histórico se establecieron en México antes de la desaparición de la antigua Universidad Pontificia y su transformación en la nueva universidad en 1856 bajo la impronta liberal positivista. Es verdad que la enseñanza

⁹ “Introducción”, *Diccionario universal de historia y geografía*, p. 1.

de la historia no trasciende todavía durante este periodo en los planes de estudio de todos los colegios de la ciudad de México; sin embargo, como veremos, se establecen las bases “metodológicas” para la formación de un nuevo lenguaje histórico que dé cuenta de la nación como un todo unitario. Se tratará, en esencia, de limpiar de errores y contradicciones lo que se considera un tipo de “literatura espúrea”.¹⁰ De esa manera, antes de la “profesionalización de la historia” se perfila un nuevo discurso científico sobre el pasado con el trasfondo político de la formación de la nación.

El positivismo y la historia

Se considera la alocución pronunciada por Gabino Barreda el 16 de septiembre de 1867 como el inicio del proyecto estatal positivista en materia de ciencia, instrucción pública y educación. Empero, si se revisa su “oración cívica”, se podrá ver que no hace sino reiterar y exaltar principios de la ciencia moderna esgrimidos anteriormente por el Conde de la Cortina y sintetizados en las nociones de *regularidad, evolución, progreso y finalidad*. Quizá la novedad del discurso de Barreda radica en la importancia dada al aspecto “filosófico normativo” de la nueva escritura de la historia.¹¹ El ministro de Instrucción Pública del presidente Juárez aparece entonces como su artífice y orquestador. Se advierte también que su discurso, a diferencia del conservador, no está marcado por la melancolía sino por el optimismo producido por el triunfo militar ante las tropas del ejército de Maximiliano de Habsburgo. En ese sentido, el predominio cultural resultado de un triunfo militar puede dotar a la escritura de la historia de un mayor grado de chovinismo y de reforzamiento del sentimiento de grandeza y eternidad. La historiografía liberal no hace sino continuar el mo-



delo historiográfico “conservador”, pero al mismo tiempo intentará borrar sus huellas al situarlo del lado de los perdedores. Se implanta a continuación como el modelo hegemónico de interpretación histórica; un modelo de ciencia histórica de cuño positivo; es decir, un saber dependiente de leyes y que mantiene su fe en la unidad del método científico. El proceso de implantación de la “filosofía positivista” en las formas de la historia se inició con la reforma y desaparición de la antigua universidad en 1856 y el ascenso al poder académico de los positivistas.

No se trata de enunciados programáticos aislados, sino de la formación histórica de un consenso alrededor de cómo proceder frente al pasado. En una de las primeras síntesis “teóricas” sobre el modo moderno de escribir la historia, elaborada por Manuel Larraínzar (1809-1884) en 1867 —el año en que Barreda pronunció su discurso—, se encuentra una definición de la historia en la que se mezclan las enseñanzas de las autoridades clásicas y modernas (Mably, Chateaubriand, Lamartine) y otros autores franceses menos conocidos. Entre sus rasgos sobresalen: a) el establecimiento exacto de los hechos mediante la consulta de

¹⁰ Cf. Mariano Cuevas, *Historia de la nación mexicana*, Talleres Tipográficos Modelo, México, 1940.

¹¹ Roldán Vera, *op. cit.*, pp. 26-27. Para una ampliación de la noción “normativa” del positivismo y la semántica polivalente del término véase Leszek Kolakowski, *La filosofía positivista*, REI, México, 1993.

las “fuentes más puras” a fin de extraer “la verdad”; b) los hechos deben exponerse “en el lenguaje más adecuado, para que puedan llegar a la posteridad sin cambio ni alteración alguna”; c) el discurso del historiador “debe parecerse a un espejo fiel que reproduce los objetos tales como los recibe, que no los altera ni muda, ni en la forma ni en el color” (en referencia a Lamartine), y d) el historiador, a la manera de un juez, “ve, examina y falla”, y por esa razón ejerce una verdadera “magistratura”.¹²

Dentro de una concepción evolutiva de la historia los hechos políticos y militares tienen una relevancia especial en la medida en que su cometido principal es explicar por qué unos pueblos triunfan y otros fracasan. Esta valoración de los hechos no es una novedad del periodo “positivista”, ya que sus rasgos se encuentran en historiadores del periodo “conservador” como Manuel Orozco y Berra y Joaquín García Icazbalceta. Por ejemplo, para Icazbalceta la perspectiva política y militar permite identificar los momentos culminantes de una historia concebida como cambio y aceleración, y este aspecto es el que tiene un mayor interés para los lectores de historia. Así, a mayor inestabilidad en el presente, se incrementa el interés por el pasado, y viceversa, a mayor estabilidad, menor atracción por el pasado.

La historia como destino se inicia en Icazbalceta con la entrada triunfal del Ejército Trigarante en la ciudad de México en 1821. En cambio, para los liberales, el ingreso de Juárez y de su ejército en la ciudad de México en 1867 señala la celebración de la “segunda independencia”, en este caso del ejército francés. Aun siendo distintos y distantes en el tiempo, se trata de dos episodios de naturaleza militar que obligan al narrador a dejar atrás los anacronismos acostumbrados de la historiografía premoderna o la simple enumeración cronológica de los hechos.

¿Cómo valorar entonces la contribución específica del positivismo en la historiografía moderna? ¿En dónde se podría situar el gesto estabilizador o “conservador” de los liberales? Considero que ese rasgo se encuentra básicamente en el programa de reforma social,

¹² José María Larráinzar, “Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México, especialmente la contemporánea, desde la declaración de independencia, en 1821, hasta nuestros días”, en Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, UNAM, México, 1992 [1970], p. 153.

siendo la reforma de las ciencias y del pensamiento su condición necesaria. De ahí que la implantación del positivismo se mueva en tres planos: el lógico (de lo más simple a lo más complejo), el pedagógico (establecimiento de este orden en la mente del niño) y el histórico (una teoría de la evolución de los tres estados). Este procedimiento se entroniza en México después del triunfo militar de los liberales en 1867. En el campo de la historia, por ejemplo, el programa diseñado por Larráinzar para escribir una historia general de México desde la Independencia puede verse como la base del desarrollo de la obra cumbre de la historiografía del régimen liberal positivista: *México a través de los siglos* (1884-1889), coordinada por el general Vicente Riva Palacio.

El rasgo predominante del giro positivista no se relaciona tanto con la formación de una ciudadanía republicana. Este aspecto ya está presente desde el origen de la nación. Después de la declaración de intenciones de Lucas Alamán de 1823, la década de 1840 puede verse como la etapa de los cimientos de la nueva historia nacional. El triunfo liberal no hace sino continuar y hacer extensivo a todo México el programa previamente trazado por los conservadores. Riva Palacio sintetiza este proceso:

La historia en los tiempos que alcanzamos ha tomado un carácter más elevado y más noble: [...] es el examen filosófico y crítico de las causas que han producido los grandes acontecimientos, el estudio de las terribles y consecutivas evoluciones que han traído a la humanidad y a los pueblos al estado de civilización y de progreso en que se encuentran; es el conjunto de datos ciertos para despejar esas importantes incógnitas que persigue la sociología.

En Riva Palacio se encuentran también los elementos para comprender cómo el saber histórico moderno quedó envuelto en la “ontología positivista”:

Y es porque se realiza en nuestros días una evolución científica: la filosofía metafísica después de haber sustituido a la escuela teológica cede el campo a la ciencia positiva, en cuyo periodo entra ya resueltamente la humanidad. La historia, que no podía quedar fuera de ese movimiento, toma un nuevo aspecto tomando como segura base [...] las relaciones que necesariamente enlazan entre sí a todos esos acontecimientos y que los determinan, que los convierten de cifras aisladas en antecedentes y consiguientes de profundo y exacto raciocinio, en causas y efectos de un gran proceso sociológico. Por eso ya en la historia los grandes sucesos no se consideran como el fatal cumplimiento de

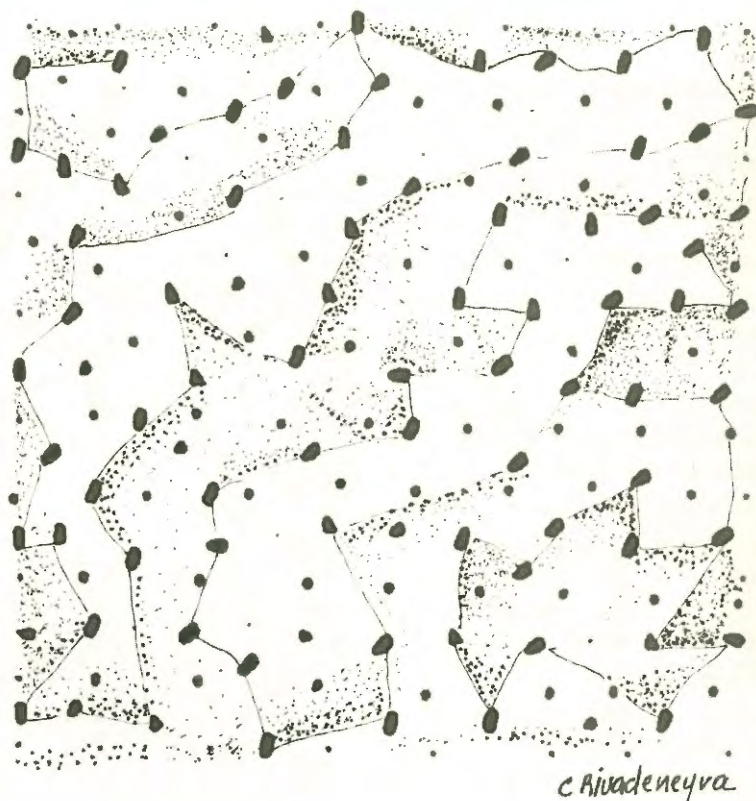
inescrutables designios de la providencia [...] Los datos para la resolución del problema se buscan en los luminosos archivos de la ciencia.¹³

La construcción de esta nueva ciencia de Estado basó uno de sus principios en la posibilidad de desarrollar un lenguaje universal sobre lo mexicano, a partir de fijar en tinta con exactitud hechos y descripciones unitarias de los eventos sucedidos. Ésta fue precisamente la pretensión de la obra histórica escrita por Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*.

Conclusiones

El desarrollo de una nueva ciencia de la historia comenzó a cobrar mayor relevancia durante la década de 1840 y es obra, fundamentalmente, del partido conservador. En torno del vocablo *ciencia* se agrupó una doble dimensión soteriológica después de la derrota con Estados Unidos: 1) la de liberarse del sentimiento de humillación mediante el engrandecimiento de la patria, y 2) la de prepararse “científicamente” para futuras batallas. La falta de cohesión interna podía ser subsanable en el campo simbólico mediante la formación de un discurso histórico y geográfico homogeneizador. Esta función se realizó mediante la operación de coleccionar todas las piezas en un lugar apropiado (el Archivo Nacional, los museos, los monumentos, los diccionarios, etcétera), y la labor de investigación para dar a conocer la verdadera historia de México. La generación de Lucas Alamán y del Conde de la Cortina se sintió llamada, en ese sentido, a sentar las bases del discurso histórico

¹³ Vicente Riva Palacio en su biografía sobre el historiador José María Roa Bárcena. José Ortiz Monasterio (coord.), *Vicente Riva Palacio, Los cerros. Galería de contemporáneos*, 2ª ed., Instituto Mora, México, 1996 [1882], p. 308. Vicente Riva Palacio, “Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico”, en José Ortiz Monasterio, selec. y pról., *Vicente Riva Palacio*, Cal y Arena, México, 1998, pp. 476-477. Para profundizar en la obra historiográfica de Riva Palacio, véase José Ortiz Monasterio, *La obra historiográfica de Vicente Riva Palacio*, tesis de doctorado en historia, Universidad Iberoamericana, México, 1999.



nacional que hiciera justicia a los progresos en la construcción política de la nación. Dejó a las siguientes generaciones la labor de proseguir la tarea y llevarla a su conclusión.

La resignificación en México del término *historia* durante este lapso se puede seguir de la mano del partido conservador en una coyuntura sociopolítica y militar específica: la derrota de México frente al ejército estadounidense entre 1846 y 1848. Uno de los efectos colaterales de la derrota mexicana consistió en profundizar la necesidad de edificar una historia nacional sobre nuevas bases epistemológicas. En primera instancia, el discurso se dirigió a los militares encargados de defender la patria, y progresivamente este imperativo se hará patrimonio de la ciudadanía en general, en especial gracias a la intermediación de la hegemonía político-militar liberal. En ese sentido, fue la causa militar y no sólo la política la que sustentó y alimentó primariamente la nueva historiografía de cuño nacionalista.

La distinción entre liberales y conservadores que se desarrolló en el campo político es insuficiente para entender la formación del discurso histórico moderno. Los precedió a ambos la formación e incorporación del

canon de la ciencia como requisito para gobernar a una nueva entidad política emergente. El *a priori* científico ocupa paulatinamente el *a priori* teológico moral del Antiguo Régimen. El estudio histórico de la estadística constituye una guía adecuada para identificar la desvinculación paulatina de la ciencia y la moralidad. Sin embargo, este proceso fue más complejo de lo previsto. La historiografía nacional asumió una función para la cual supuestamente no estaba destinada, la de servir de maestra para la vida. La historia, en otro escenario, continuó siendo un saber moral o una ciencia de las costumbres. De ahí la importancia de la historia en los planes de enseñanza y de educación cívica.

Uno de los principales logros de la historiografía liberal consistió en desarrollar una versión de la historia como proceso, pero como si se tratara de una esencia. Ecos de esta formación historiográfica se siguen encontrando en muchas obras históricas del periodo profesional. La historia de México aparece como si se tratara de una naturaleza humana inmutable. Pero el mismo proceso histórico moderno en el que se inscribe la historia nacional deja ver la contingencia en las formas de producción del pasado.

La aparición de la historia en el siglo XIX corrió paralela al desarrollo de la ingeniería y geografía físicas y humanas ocupadas en el reconocimiento y transformación del espacio (incluido el cuerpo de los individuos); en tanto que la historia se dedicaría al conocimiento de la transformación de las cosas y los objetos físicos y humanos a través del tiempo. Sin dejar de prestar atención a la importancia estratégica de la "nueva ciencia" en el ámbito político y militar, el desarrollo de la historiografía en el siglo XIX semeja en el campo de la escritura, como señala De Certeau, los procesos de colonización y conquista que ocurren en otros terrenos: para el "engrandecimiento" y "ornato" de la patria.

Edmundo O'Gorman ha sido quizá uno de los escasos historiadores del periodo profesional que reveló el carácter ambiguo de la historiografía de cuño liberal. Sus ensayos circularon al lado de esta tradición y



emergen como piezas raras sobre un fondo interpretativo liberal-positivista de la historia nacional. Esta interpretación fue tenazmente construida a partir del triunfo liberal sobre el partido conservador, pero también sobre el ejército francés en decadencia durante la segunda mitad del siglo XIX. En su ensayo, *La supervivencia política novohispana. Monarquía o República*,¹⁴ O'Gorman ha contribuido a revelar esa borradura encubierta en la forma del saber liberal: la que denomina como supervivencia de la tradición en la modernidad; es decir, aquel territorio marcado por la repetición y reiteración de lo ya sabido reforzado en prácticas rituales cotidianas. Estas prácticas fueron aludidas, como vimos, por Alamán cuando frente a la impaciencia de los liberales, mencionaba la necesidad de devolver el pasado a los mexicanos. Esta tesis, recordada por O'Gorman, al conmemorarse el centenario del triunfo liberal, no recibió la acogida debida en la década de 1970 a causa del peso que tenía entonces en las universidades la versión positivista de la versión liberal: el materialismo histórico. ☞

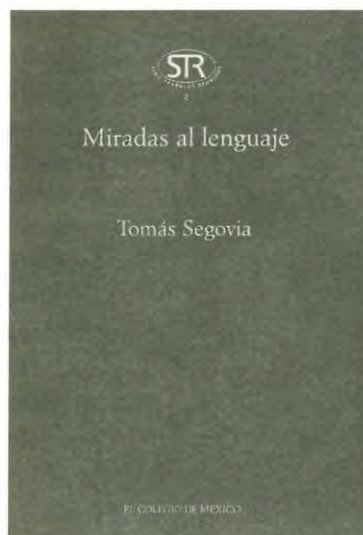
¹⁴ Edmundo O'Gorman, *La supervivencia política novohispana. Monarquía o República*, Universidad Iberoamericana, México, 1986 [1967].

Miradas al lenguaje

Sobre la traducción de poesía*

Lo que el problema de la traducción de poesía muestra inmediatamente es que la dificultad consiste en tener que ‘traducir’ simultáneamente algo que es lengua y algo que no es lengua”, afirma Tomás Segovia en una de las tantas miradas que conforman su libro mosaico. La gran peculiaridad de la traducción de poesía consiste en que el poeta utiliza las palabras como si fueran lengua y lenguaje al mismo tiempo: como palabras y emblemas; de ahí su intraducibilidad y toda la serie de retos estilísticos y semánticos que con frecuencia no se pueden reproducir en una traducción.

Nadie mejor que Segovia (poeta y traductor sensible y experimentado) para reflexionar y desplegar miradas críticas en torno a la traducción y la poesía, pero ante todo, sobre la traducción de poesía, pues la concibe como algo más cercano a un oficio de artesano que a una profesión. Privilegia lo que en la traducción hay de arte, es decir, lo que no pueden enseñar los programas docentes ni calibrar los exámenes normalizados. Además, propone que entre más avance la “profesionalización” de la traducción, menos quedará de su atributo artesanal. Segovia cree en el arte de la traducción y hace pensar en un *savoir-faire* que no puede restringirse a la



suma de conocimientos que uno pueda adquirir en programas académicos ni a la ramplona traducción de “corazón” por *heart* o *cœur* en un poema: en primera, por el número de sílabas (en español, tres y en inglés y francés, una) que causaría desequilibrio métrico, y luego, por la sonoridad o el contexto.

En otra mirada, se propone discernir la cuestión de la fidelidad en traducción. Según el autor, ser fiel de ninguna manera es sinónimo de ser literal. Segovia es un esteta de la poesía y formaliza la fidelidad en este género cuando traduce en prosa toda la prosa, en verso blanco todo el verso blanco y en verso rimado, todo el verso rima-

do. Lo cierto es que prefiere no rimar cuando debe sacrificar el verso.

Consciente de la importancia del verso como unidad mínima en el poema, Tomás Segovia encontró un fuerte paralelismo entre el pentámetro yámbico y la silva modernista. Fue así que se dio a la tarea de traducir *Hamlet* en una combinación que oscila entre heptasílabos y endecasílabos. La poesía es inconcebible sin todo su espesor de materialidad no significativa y contingencia muda, de modo que el traductor se enfrentará a las posibilidades de lo imposible cuando haga el traslado a otra lengua.

En la opinión de Segovia, la traducción de poesía es imposible sólo cuando su fin último consiste en que se obtenga un texto inmutable, incorregible, intocable; es decir, que acepte sólo una traducción. Dice, en con-

* A propósito de la obra de Tomás Segovia, *Miradas al lenguaje*, José Luis Pardo (pról.), El Colegio de México, México, 2007, 244 p.



traste, que es posible dar una versión diferente en una lengua diferente, lo cual es una idea muy atinada y justa. Quizá la conclusión más fuerte que logra este traductor y escritor de poesía sea la siguiente: cuando se dice que la traducción de poesía es imposible, se dice en realidad que siempre existe la posibilidad de generar más y más versiones. Tan no es imposible, que Segovia ha traducido muchos libros de poesía de manera ejemplar.

Acuña un término juguetón: “la mismidad”, para hablar de un híbrido de equivalencia y correspondencia. Acentúa las comillas de la mismidad puesto que es prácticamente imposible que dos cosas sean idénticas (y si lo son, se pregunta hasta qué punto lo son, en qué sentido). Segovia busca la transmisión de efectos al traducir. Para él, una traducción de poesía bien lograda es aquella en la que se logra reconocer el poema original y, para ello, el traductor no puede limitarse a recurrir a soluciones preestablecidas, pues se trata de un oficio artesanal. Las traducciones de poemas deben ser hechas a la medida, nunca con un mismo molde, nunca del mismo color.

La mirada más técnica que se ofrece en el libro es aquella consagrada a la métrica de Hamlet, en la que el autor despliega sus conocimientos de “traductor aficionado a la lingüística” y explica cómo la silva modernista transmite el mismo efecto rítmico al español que el pen-

támetro yámbico produce en inglés. Lo anterior puede llegar a ser complicado para los lectores que no desean profundizar sus conocimientos en métrica española y para los que sí lo desean, puede resultar poco claro en más de una ocasión.

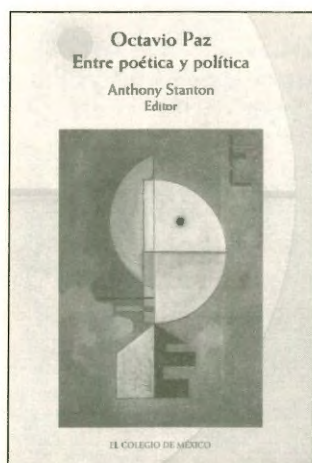
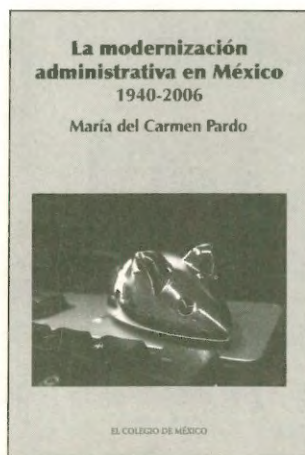
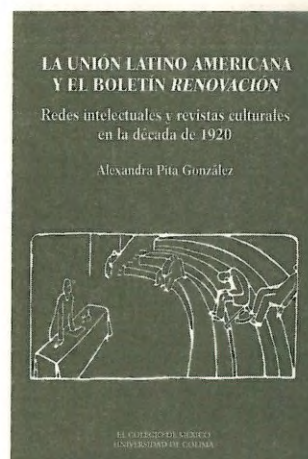
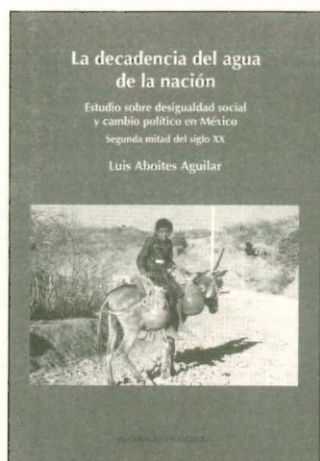
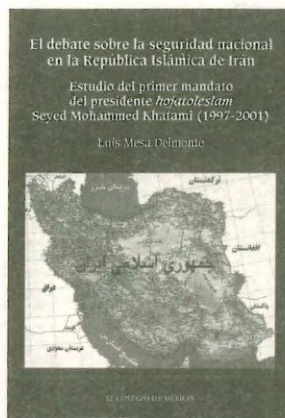
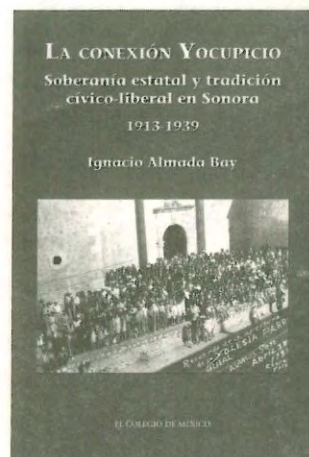
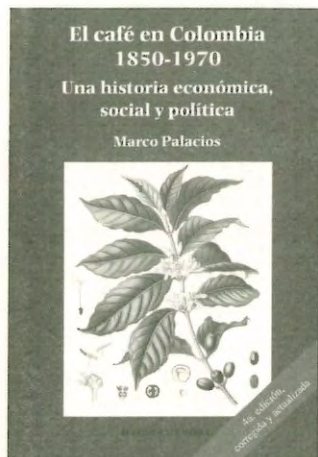
Otra mirada fundamental es la que otorga Segovia a los poemas traducidos, ya que propone leerlos como originales. Esta idea puede interpretarse *per se* como la base de la poética segoviana de la traducción de poesía, que busca conciliar al poeta con su traductor y al poema con el otro poema (la traducción). En este sentido, Tomás Segovia hace un tipo de crítica que privilegia la reflexión, el diálogo y la conciliación entre poesía y lenguas por medio de la traducción.

También se presentan en el libro apreciaciones un tanto dispersas, como aquéllas dedicadas a la ortografía, a la figura del lingüista ruso Roman Jakobson y a la importancia del símbolo en la poesía de Owen. *Miradas al lenguaje* es un mosaico de ensayos literarios y académicos que tienen como preocupación principal la traducción en general y la de poesía en particular. En este sentido, considero que el título no representa claramente el contenido del libro. Me he referido antes a *Miradas al lenguaje* como un libro mosaico y no misceláneo, porque la mayoría de los textos que lo conforman tienen congruencia entre sí (salvo los tres mencionados al inicio de este párrafo, que deben ir directo al “cajón del sastre”).

En cuanto a la edición, lo que más salta a la vista es la falta de comas (aparentemente innecesarias para el autor o parte de su estilo), detalle que entorpece la lectura, incluso la comprensión en algunas ocasiones. Rico en anécdotas y ejemplos y escrito en una prosa actual, *Miradas al lenguaje* es un libro que propone un acercamiento al mundo de la traducción, de la poesía y de la traducción de poesía. Resulta así accesible tanto al público general interesado en estos temas como al especializado.

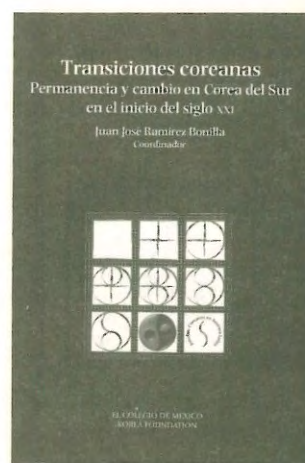
Finalmente, por más lucidez y claridad que se tengan a la hora de mirar, en cuestión de traducción de poesía, estará siempre la ambigüedad y dualidad de aquello que es lenguaje y aquello que no. Se trata de una suerte de velo traslúcido que permite al ojo sólo adivinar, apenas sentir el poema. A pesar de esto, las miradas de Tomás Segovia rescatan la luz opaca de la traducción y del lenguaje poético de la manera menos oscura posible y eso, en verdad, se le agradece. ☞

NOVEDADES

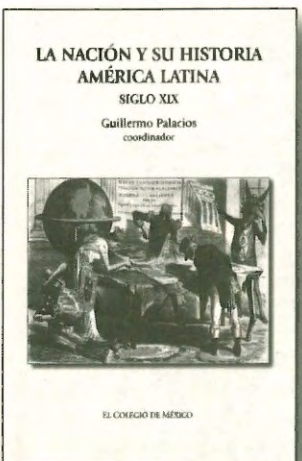
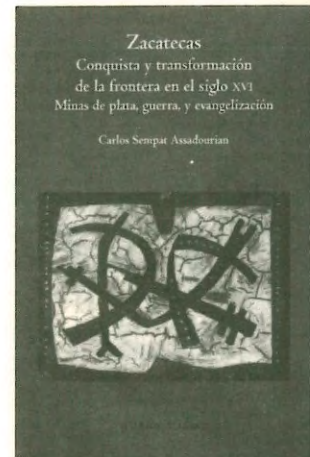
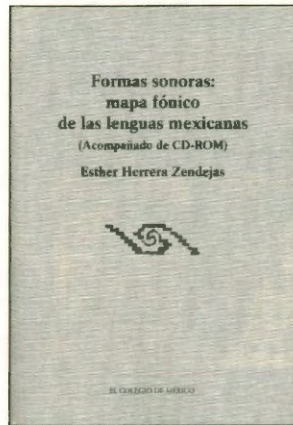
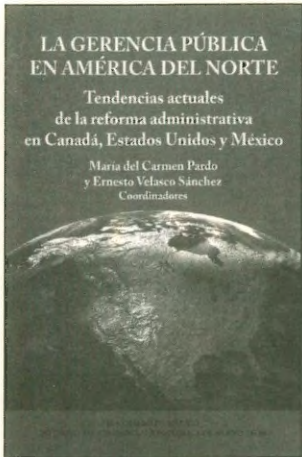


**EL COLEGIO
DE MÉXICO**

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.
Para mayores informes:
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
publicolmex@colmex.mx



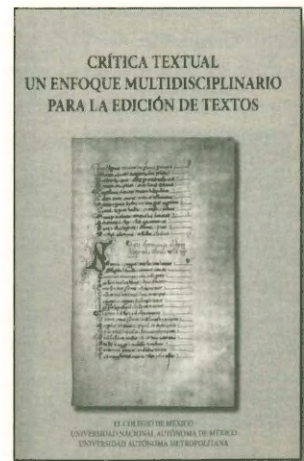
NOVEDADES



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.

Para mayores informes:
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
publicolmex@colmex.mx





VOICES *of Mexico*

CISAN • UNAM

Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales. La revista *Voices of Mexico*, editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología, relaciones internacionales, arte y cultura.

SUSCRIPCIONES

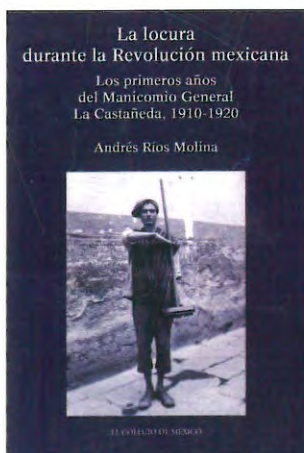
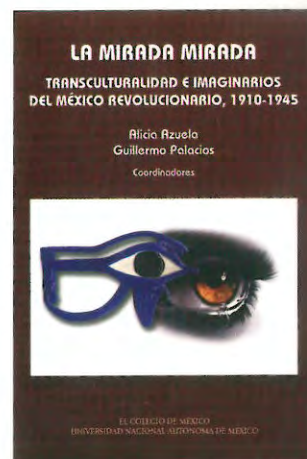
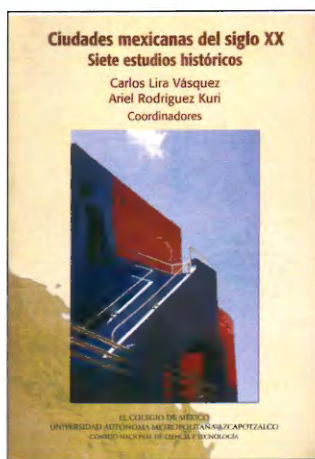
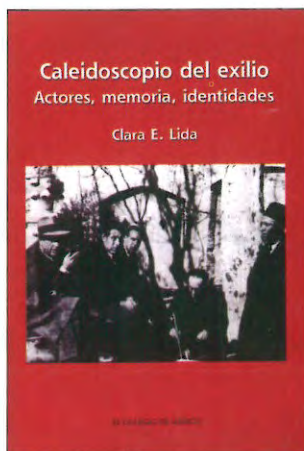
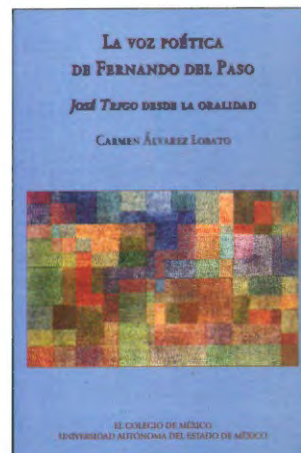
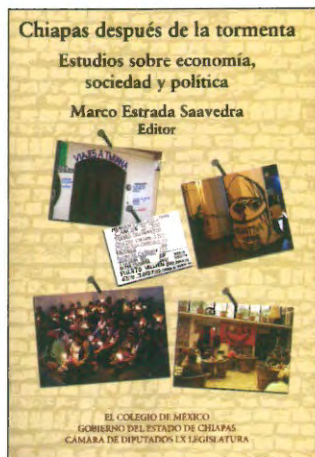
Canadá 203, col. San Lucas, Coyoacán, 04030, México, D. F.

Tels. y fax (01 52 55) 5336 3601 • 5336 3596

5336 3595 • 5336 3558

voicesmx@servidor.unam.mx

NOVEDADES



El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.
Para mayores informes:
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
publicolmex@colmex.mx

